

La

Cisterna de

Alby,

LA CISTERNA DE ALBY.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

DON ISIDORO GIL.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

—
1841.

PERSONAS.

ACTORES.

ALBERTO CASTAGNARI, llamado el italiano, postillon.	Sr. D. Pedro Mate.
M. DELALONDE, procurador del rey.	Sr. D. Elías Noren.
JULIO DURVILIERS, médico joven.	Sr. D. Francisco Lumbreras.
GERONIMO, postillon.	Sr. D. Antonio Alberá.
FONTANETE, <i>idem</i>	Sr. D. Carlos Spuntoni.
FRANCISCO, <i>idem</i>	Sr. D. Felipe Reyes.
ANTONIA DELPORTE, posadera.	Sra. Doña Bárbara Lamadrid.
LUISA LEBLANC, dueña de la casa de postas.	Sra. Doña Catalina Flores.
PETRA, hija de Antonia.	Sra. D. ^a Juana Perez.
SUSANA, criada.	Sra. Doña Concepcion Lapuerta.

POSTILLONES, ALDEANOS.

La escena pasa en un pueblo cerca de Albi.



Este drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.

Plaza de una aldea atravesada por un camino real con árboles. A la derecha del actor, la entrada de la casa de postas: á la izquierda, una sala baja que sirve de despacho con una ventana enfrente del público.

ESCENA PRIMERA.

GERONIMO. SUSANA.

(Al levantarse el telon aparecen en la escena muchos postillones. Susana está haciendo labor sobre un banco cerca del despacho. Gerónimo sale por la derecha bostezando, con látigo y botas de montar.)

Gerónimo. (Bostezando.) Ah!... con que ahora me toca á mí llevar el gato al agua... no es verdad?

Susana. Nada de eso, amigo Gerónimo, os ha llegado vuestro turno, pero como estabais dormido!... y como se trataba nada menos que de conducir una berlina de lujo, han convenido en guardaros el sueño: no ha faltado quien ocupe vuestro lugar, y esta es la hora que ya echando niebla por esos caminos.

Gerónimo. Otro! por vida del bellaco!... con que otro ha ocupado mi lugar?... *(A los postillones.)* Es eso cierto? hablad. *(Adelántanse los postillones.)* Pero no me digas quien ha sido, Fontanete, quiero adivinarlo *(Contándolos con la vista.)* Vamos á ver... aqui estais todos menos ese cazurro de Alberto. *(Reflexionando un instante.)* Apostaria á que es él!

Susana. Qué astucia!... es el único que falta.

Gerónimo. Que siempre se me ha de poner por delante ese maldito italiano... ese enemigo de postillon... esa esfinge con botas de montar!

Susana. Pero señor Gerónimo, qué os ha hecho á vos el italiano?

Gerónimo. A mí?... nada absolutamente... Eso queria yo ver! que me hiciese alguna cosa!... que venga, que venga; tengo ganas de pillarle!

Susana. Entonces por qué le aborreceis?

Gerónimo. Por qué?... por qué?...

Susana. Vamos, por qué?

Gerónimo. (*Animándose.*) Porque de un nadie que era hace dos años cuando vino aquí, hoy es el día que quiere echárnoslas de amo... porque cuando llegó no tenia mas camisa que la puesta; y ahora tiene dos docenas y con chorreras y todo... (*Riense Susana y los postillones, Gerónimo continúa con mas fuerza.*) En fin, porque maneja á los caballos con guantes... á las muchachas con buenas palabras, y á todos vosotros por la punta de la oreja.

Los postillones. Por la punta de la oreja!

Gerónimo. Si señor, á todos menos á mí... (*Dándose un fuerte cachete en la oreja.*) Ya se guardará de poner en esta la mano... que venga á hacer la prueba; en esta, eh?

Susana. Ba!... ba!... con todo eso que estais diciendo, si le tuvierais delante, hariais lo que los otros.

Gerónimo. Ya baja!

Susana. Es que el señor Alberto ha sido militar!

Gerónimo. Quién lo dice? él... Si fuera un hombre conocido como yo... Gerónimo Desiderio, alias Alma-grande, oriundo natural de los Abaletes, cerca de Albí. Todo el mundo sabe que nunca he tenido padre ni madre!... Pero él? de donde es él?... Se presentó una tarde en la casa de postas de Albí, muy andrajoso diciendo que venia de Italia, donde por tener buena letra le habian ascendido á cabo furrier... Eso es otra cosa, yo soy su enemigo, pero debo hacer justicia á su bastardilla inglesa!.. Digo, señor Alberto, que teneis una gallarda letra bastardilla!

Susana. Ni el maestro de escuela la tiene como él. Hace con su pluma todo cuanto quiere.

Gerónimo. Que mientras estuvo enfermo el amo difunto, le

hayan encargado de llevar los asientos... en esa oficina... corriente!... acaso lo merecí por su buena letra... pero héte aquí que cierra el ojo el difunto señor, y que ya empiezan á susurrar, si se casa ó no se casa con la inocu- sante viuda... eso no es regular, eso es quitarme un as- ceuso, que en ley de Dios me correspondía á mí.

Susana. A vos! y por qué?

Gerónimo. Virgen santa! yo he empezado por ser último postillon... luego he pasado á tercer postillon... despues á segundo postillon... y últimamente á primer postillon...

Todos. Bueno, bueno, y qué?

Gerónimo. Que ahora debo en justicia pasar á segundo ma- rido de la viuda.

Todos. (Mofándose.) Ah!... ah!... Pobre Gerónimo!

Gerónimo. Toma!... por derecho de antigüedad!... aunque el otro tenga famosa letra, puede no ser muy allá para marido.

Susana. Pero si á nuesa ama la gusta el señor Alberto.

Gerónimo. Ka!... si no le ama! son aprensiones que la dan.

Susana. Oh! nuesa ama tiene caracter y hace solamente lo que se la pone en la cabeza... y luego el señor Alberto es un hombre que monta á las mil maravillas... y en los bai- les de los domingos se las compone de modo que no hay mas que ver.

Gerónimo. Dios mio!... que disparates!... y sin embargo así es como tiene engatusadas á las muchachas! — San Am- brosio me valga! Cabriolas y piruetas, y seis vueltas se- guidas sobre un pie... yo las haria si quisiera... y doce!... y diez y seis!... no es chanza... ahora lo verás... (*Baila y tropieza.*) Ah!... ya se vé, no puedo con estas botazas... (*Se rien.*) Hola... os reís? porque os manda á todos, por- que á todos os lleva por el cabestro, como ya os he di- cho?... Voto á! no parece sino que no teneis sangre en las venas!

Susana. (Acercándose al foro: óyese el paso de un caba- llo y el chasquido de un látigo.) Aguardad, aqui lle- ga; apeándose está.

Gerónimo. Quién?

Susana. Quien ha de ser? el señor Alberto.

Todos. (Corriendo á encontrarle.) El italiano, el italiano!

Gerónimo. Eso es, andad á hacerle el rendivú, á tenerle el estribo!... Yo no quiero ir: yo no soy criado suyo.

ESCENA II.

DICHOS.—ALBERTO, *vestido de postillon con guantes.*

Alberto. Uf! que buena carrera! me parece que los viajeros estarán satisfechos!... tambien diez francos de propina y una ojeada al soslayo de la morena mas graciosa...

Gerónimo. (Aparte.) Todo eso me correspondía á mí, y es un robo que me hace el grandísimo tuno!... Guárdate, galopo... pero vuélveme mis diez francos.

Alberto. Con que, camaradas; aqui teneis los diez francos. (*Gerónimo alarga la mano, pero los toma otro.*) Acordáos de que hoy es san Luis, dias de nuestra amá, y echad un trago á su salud.

Todos. Bien dicho... bien dicho.

Gerónimo. (Aparte.) Anda, adulador!

Alberto. Y tú, qué haces ahí? El ama te estará echando de menos. (*A Susana.*)

Susana. Voy, señor Alberto, voy. (*Vase.*)

Gerónimo. Bueno... y va una... ya empieza el ejercicio del cabestro.

Alberto. Tú, Fontanete, cuando me enganches la silla, pon un poco mas de cuidado en lo que haces... me dejas unos estribos de seis pies de largo, como si yo tuviese las piernas de ese espantajo de Gerónimo.

Gerónimo. (Riendo á carcajadas.) Toma esa y vuelve por otra, Fontanete; y no responde nada el muy gallina!

Fontanete. No me volverá á suceder, señor Alberto.

Gerónimo. (Indignado.) Yo me quemo... me quemo... no lo puedo resistir!

Alberto. Francisco, tú subes todas cuestas al paso, y las bajas al galope.

Francisco. Es verdad, señor Alberto, pero hace veinte y cuatro años que tengo esa costumbre y...

Alberto. Veinte y cuatro horas te doy para olvidarla; sino, hijo mio, serás muy dueño de correr la posta por tu cuenta.

Francisco. Se hará como decís, señor Alberto?

Gerónimo. (Aparte.) Viejo collon!... pero siempre se dirije á ese... lo tengo observado.

Alberto. En cuanto á tí, Gerónimo.

Gerónimo. (*Empinándose y con voz sonora.*) A mí? qué?

Alberto. (*Después de reflexionar.*) Nada, nada, no tengo nada que decirte...

Gerónimo. (*Envalentonándose.*) Ah! ah!

Alberto. (*Sentándose en el banco.*) Sino... que vengas aquí, y me tires de las botas.

Gerónimo. Cómo? qué decis?

Alberto. (*Mas alto.*) Te digo... que me tires de las botas... no lo has oido aun?

Gerónimo. Ya lo oigo, sí señor. (*Fuerte.*) Y porque lo he oido respondo...

Alberto. (*Dirigiéndose á él.*) Qué respondes?

Gerónimo. (*Mas bajo.*) Respondo... que voy á sacaros las botas. (*Riendo y aparte.*) Agradezca que me ha dado por reir.

Alberto. Vamos, despacha... (*Las saca y las tira al suelo.*) Llévalas á la cuadra.

Gerónimo. Que las...

Alberto. (*Mas alto.*) Llévalas á la cuadra.

Gerónimo. Ya voy, ya voy! (*Aparte.*) Huy! sino me hubiera dado por reir! (*Hace que se va y sale Luisa.*)

ESCENA III.

DICHOS. -- LUISA.

Fontanete. Aqui llega el ama.

Todos. Buenos dias, señora ama! servidor vuestro, señora Luisa!

Luisa. Buenos dias, muchachos; buenos dias, Alberto. (*Dirigiéndose á él particularmente.*)

Gerónimo. (*Se dirige á ella riendo.*) Perdonad, señora ama, no puedo menos de dejaros: tengo que llevar á la cuadra las botas del señor Alberto...

Luisa. (*Sin reparar en él.*) Bien! hombre, bien! llévalas...

Gerónimo. (*Con intencion.*) Me ha mandado que le quite las botas y que me las lleve.

Luisa. (*Con frialdad.*) Y segun veo no te das mucha prisa á obedecerle. (*Adelantándose al escenario.*)

Gerónimo. Es que á mí me parece una ocupacion infinitamente...

Alberto. (Dándole un puntapie.) Acabarás de irte remolon!

Gerónimo. Oh!

Pontanete. (Riendo.) Y á eso qué dices?

Gerónimo. (Frotándose con dignidad.) Digo y repito que á mí nadie me lleva por el cabestro. *(Riense los postillones y vanse con él por la derecha.)*

ESCENA IV.

ALBERTO. LUISA.

Alberto. Por fin nos dejan solos... y podemos conversar un momento sin testigos importunos. Querida Luisa, desde que partí esta mañana me parece que he estado un siglo sin veros.

Luisa. También á mí se me hace el tiempo sobrado largo, cuando no estais á mi lado! Y os habeis acordado de mí?

Alberto. Que si me he acordado?... díganlo vuestros caballos... Apenas salgo, ya quisiera estar de vuelta... y entonces los llevo á un paso... y cuando vuelvo... cuando os hallo siempre cariñosa... siempre buena... entonces... me consuelo algun tanto de mis pesares.

Luisa. (Con interés.) Tú tienes pesares, Alberto?

Alberto. Alguna vez... cuando me pongo á pensar... y luego ya veis... dirigir una casa como la vuestra es un cargo espinoso! Oh! el difunto señor Leblanc era un hombre á toda prueba!

Luisa. Es verdad! pobrecillo!... pero no tan astuto como tú! ni de tanta disposicion... no sabia darse á respetar.

Alberto. Ah! es que yo necesito conducirme con mas rigor. Es muy natural... no me suponen con derecho para mandarles... se acuerdan de lo que he sido... de lo que todavia soy...

Luisa. Paciencia... eso tendrá fin.

Alberto. (Tomándola la mano con alegría.) De veras?

Luisa. (Con reserva.) Muy pronto.

Alberto. (A media voz.) Con que estais decidida?...

Luisa. Enteramente.

Alberto. (Con viveza hasta acabar la escena.) Y os casareis conmigo sin que os arredren los chismes, las envidias...

Luisa. Qué me importan á mí las hablillas?

Alberto. Dirán que os casais con un póstillon...

Luisa. Si es de mi gusto!

Alberto. Con un nadie...

Luisa. Si lo es todo para mí...

Alberto. Que no os lleva bienes de fortuna...

Luisa. Para eso le doy los míos... no soy independiente? libre?... sin mas parientes que un sobrino de mi marido!

Alberto. Ah! si, Julio Durvilliers, aquel sobrino vuestro que se separó de vos á los pocos dias de llegar yo á vuestra casa, y apenas me dió tiempo para conocerle: me parecia un excelente mozo.

Luisa. El ingrato!... desde niño se habia criado en casa, y luego se marchó... sin motivo.

Alberto. Sin motivo!

Luisa. Un arrebató amoroso!... segun dió á entender, porque el objeto de su cariño nadie le conoce; y por cierto que en la actualidad nada me interesa averiguarlo, porque si bien se mira, qué atenciones le debo? Si fuera á tí, Alberto; tú has tomado mi casa á tu cargo desde que enviudé, y gracias á tus desvelos, la he visto prosperar y aumentarse cada dia... Eso se llama amistad y... si no me engaño alguna cosilla mas?...

Alberto. (*A media voz.*) Oh!... sí, es cierto... y si vierais cual me alienta mi amor para todo?

Luisa. Tantas razones juntas me han hecho decidir, y ya sabes que cuando llego á tomar una resolucion...

Alberto. (*Tomándola una mano que ella le da.*) Qué dicha! cuánta envidia me van á tener... son tan presumidos que todos se creen dignos de vos; pero no hay uno que sepa como yo, apreciaros en lo que valeis... El uno os ama porque sois hermosa... el otro porque sois rica. (*Con intencion.*) Muy rica, segun dicen?...

Luisa. Y tal vez no se engañan.

Alberto. (*Con fuego.*) Ah! pues mirad: yo solo os amo porque sois buena, porque cada dia descubro en vos una cualidad apreciable... y en cuanto á vuestro caudal sino fuese por no desheredar á nuestros hijos...

Luisa. (*Riendo.*) Nuestros hijos?

Alberto. Digo... los que tendremos, porque al fin...

Luisa. Vaya, vaya no hablemos de eso.

Alberto. (*Afectando desinteres.*) Bien, pero sino fuera por ellos, os diria: Señora, no retardeis mi dicha, y por lo

que toca á vuestros bienes, dejadlos para vuestro sobrino, para ese Julio, que me alegraría volviere por aqui para tener el gusto de ser el primero á ofrecerle mi mano.

Luisa. Alberto, eres un joven de buenos sentimientos, un hombre honrado, y lo que acabas de manifestar me hubiera decidido á mandar estender hoy mismo nuestro contrato... si...

Alberto. (Con viveza.) Sí?...

Luisa. Si no estuviera hecho desde ayer, amigo mio.

Alberto. (Sin poder contener su alegría.) Desde ayer!... es posible!

Luisa. Te reservaba esta sorpresa para el dia de mi santo... Pasa á ver al escribano, y él te le entregará.

Alberto. Con una condicion, y es que me permitais daros un abrazo, porque asi tomaré alas y llegaré mas presto.

Luisa. Vamos: ten dos, y con eso las tomarás tambien para volver.

Alberto. (Despues de haberla abrazado.) Adios, esposa mia.

Luisa. (Con tono festivo.) Id con Dios, señor marido.

Alberto. (Aparte.) Su marido!... al fin!... (Vase corriendo por la izquierda.)

ESCENA V.

LUISA, siguiéndole con la vista.

Pobre Alberto!... cuánto me quiere! (*Meditando.*) Tiene razon: este casamiento va á dar mucho que decir en todo el pueblo.—Ya me parece que estoy oyéndolos... sobre todo á la viuda del boticario, que tiene una lengua de vívora... (*Remedando.*) Vecinita, vecina, sabeis lo que tenemos? se casa la señora Luisa.—Ah, ah!—Con el señor Alberto.—El postillon del alma?—Ya sabe lo que se hace: el matrimonio lo tapa todo... y luego, si no lo era, ya lo es; y por aqui y por allá... porque todas se comen de envidia... porque quisieran atraparle... pero, amigas mias, os he tomado la delantera, y mas de cuatro habeis de asistir á mi boda con un palmo de narices... Ah, ah! cuánto me voy á divertir!

ESCENA VI.

LUIA. SUSANA.

Susana. (En tono de súplica.) Señora!...

Luisa. Qué quieres?

Susana. No soy yo... es la señora Antonia, la dueña de la posada de la Cruz Blanca, que...

Luisa. La señora Antonia? qué se la ofrece?

Susana. Acaba de llegar con su hija Petra... y dice que desea hablaros.

Luisa. Bien, que vengan. (Salen por la derecha Antonia y Petra.)

Susana. Aquí teneis al ama; podeis hablarla. (Bajo.) Vaya, no tengais cortedad; si es un ángel... ánimo; ánimo! (Vase.)

ESCENA VII.

PETRA, muy triste, y bajando los ojos. ANTONIA: ambas vestidas con el traje del país. LUISA.

Luisa. Buenos dias, señora Delporte: buenos dias, Petra. (Petra la saluda.) Si venis á pedirme alguna cosa, llegais á buen tiempo; porque soy feliz, muy feliz, y quiero que los demas lo sean tambien.

Antonia. Oh! vos sois demasiado buena, señora, y los desgraciados no necesitan buscar ocasion para acudir á vos... saben que á todas horas os hallarán propicia.

Luisa. Vamos, y qué hay de nuevo?

Antonia. Señora, aqui veis una pobre muger que ha perdido sus bienes, su marido, y á quien Dios solo habia conservado su hija... pues sabed que esa hija quiere abandonarla!

Luisa. Es posible, Petra?

Antonia. Un mes hace que ha tomado tan funesta resolucion; y quien así la ha trastornado la cabeza, ha sido una familia inglesa muy rica que ha pasado por aqui, camiao de Nápoles. La han ofrecido, si quería seguirlos en clase de doncella, tratarla muy bien y darla buenos gajes... y desde entónces la desdichada no sueña mas que

en hacer fortuna, solo piensa en dejar á su madre.

Luisa. Cómo asi, Petra! tú que tanto querias á tu madre, tratas de separarte de ella? (*Petra baja los ojos sin responder.*)

Antonia. Ved, señora, ved lo que hace conmigo de ocho dias á esta parte... siempre muda, fria, impassible, sorda á mis preguntas, á mis súplicas... y cuando lloro y me aflijo, á duras penas la veo derramar una lágrima.—Si solicito que me confie lo que siente, nada... no tengo derecho á saberlo, á averiguarlo. (*Con resignacion.*) Ya se ve... es natural... dice: «es mi madre... si me quiere, si solo para mí respira, es porque en el mundo no tiene otro objeto á quien amar; lo mismo harian todas las madres.» (*Petra saca el pañuelo y se enjuga las lágrimas.*) Pero vos, señora, que siempre la habeis tratado con tanto cariño, que la habeis colmado de beneficios, que en justo agradecimiento mereceis su confianza... quizá no rebase declararos lo que me oculta á mí... por eso la he traído... (*Mostrando á su hija.*) Si no quiere hablar delante de mí... si no quiere que yo sepa sus secretos... no importa... me iré. (*Se enjuga las lágrimas.*) Oh! no me enfadaré por eso, no: mas quiero renunciar á la confianza de mi hija que verla desgraciada!

Petra. (*Corriendo á abrazarla.*) Oh! madre mia!... madre mia! no habéis asi!... Yo os amo! sí... os amo... lo mismo que siempre. Bien sabe Dios cuánto desearia quedar-me á vuestro lado siempre... pero...

Luisa. Pero... Vamos á ver, (*Acercándose á Petra y tomándola la mano.*) hija mia, dí... por qué te quieres marchar?... A tu edad no se conoce la ambicion, el orgullo!... qué otro motivo puedes tener?... el amor acaso? (*Movimiento de Petra. Luisa haciendo notar á Antonia que la tiembla la mano.*) Lo he adivinado... (*A Petra que baja los ojos.*) Con que el sugeto á quien amas está allá?... en Italia?... en Nápoles?

Petra. No... no señora.

Luisa. Es de aquí?... (*Petra hace seña de que sí.*) vive en este pueblo?... Entonces, á qué te marchas?

Antonia. (*Con ansiedad.*) Vamos, habla, desdichada, habla.

Luisa. (*A la anciana con bondad.*) Dejádme á mí... (*A Petra.*) Es por ventura mas rico que tú?

Petra. No... pero querria serlo y...

Luisa. Ah! ya comprendo!... todo es por él... el amor te ha hecho ambiciosa: te ha decidido á abandonarlo todo por la esperanza de allegar fortuna... Dejar tu pueblo!... tus amigos!... tu madre!... tu madre!... desventurada, dejar á la que mas te quiere... y tal vez por un ingrato!

Petra. (Con viveza.) Oh! no señora.

Luisa. Por un hombre que te olvidará, porque marchándote tú se casará con otra.

Petra. (Con fuego.) Otra!... él!... Oh! imposible! porque me ama, y no solamente me lo ha dicho, sino que me ha dado una promesa escrita, sagrada... y ya sabe él que á no cumplirla me moriria de dolor.

Luisa. Y esa promesa... dónde está?

Petra. Aqui... siempre la llevo conmigo!

Luisa. (Con dulzura.) Y... me la quieres enseñar... á mí?

Petra. (Confusa.) A vos, señora?... es que... es que... Alberto me ha encargado tanto el secreto...

Luisa. (Con vehemencia.) Alberto!... es Alberto el que te ama?

Antonia. (Con el mayor asombro.) El italiano!... Oh! debí sorpecharlo... debí conocer que causaria mi desgracia.

Petra. (Con viveza.) Madre mia... señora Luisa... oh! no le digais nada; es tan arrebatado; tan violento!...

Luisa. (Conteniéndose con trabajo.) Pero, enséñame ese escrito.

Petra. Es que... si llegara á saber que no le habia obedecido...

Luisa. (Encolerizada.) Pronto!... acabemos, ese escrito!...

(Toma el papel y lee.) Si, si, Alberto, eso es... Alberto!

(Aparte.) Ahora me acuerdo... cuando ella venia á casa, siempre buscaba la ocasion de verla y hablarla en su presencia de la muger que desearia encontrar... buena, sencilla, apasionada... Y yo que creia!... (Se enjuga una lágrima.)

Antonia. (Levantándose del banco donde habrá ido á sentarse con su hija.) Ya lo veis, señora, era un lazo... un lazo para engañar á mi hija, para seducirla!... porque el corazon me lo dice, ese hombre...

Luisa. (Conmovida.) Callad, Antonia... (Con dulzura.) hablar mal á quien ama, del objeto de su cariño, no es buen medio para hacersele olvidar... lo que asi se logra es irritarle... herirle... el corazon sufre y se lacera... mas

el cariño continúa... y aun alguna vez se acrecienta por el temor de verse en la precision de renunciar á él.

Petra. (*Levantándose del banco.*) Sí, sí... cierto que sí; precisamente es eso lo que me pasa... porque en este momento, por mas que quiero escuchar lo que me dice mi madre, y aunque me afano para persuadírmelo yo misma... mi amor puede mas que todo, mas que mi razon!... porque mi amor es mi vida! (*Cae en los brazos de su madre.*)

Luisa. (*Aparte.*) Pobre muchacha!... cuánto le ama!... y él!... ahora lo veo... casándose conmigo sacrificaba su amor á su ambicion... me preferia por hacer fortuna!... Oh! Alberto, Alberto... eso es indigno!... (*Llora.*) Dios mio! oigo su voz... (*Dirigiéndose á Petra.*) Déjadme ese papel, y esperadme en mi cuarto... Quiero hablar con Alberto y...

Antonia. Y hareis que no se vaya mi hija, no es verdad?

Luisa. Dentro de poco os daré la respuesta... andad... andad! (*Entranse las dos en la casa de postas.*)

ESCENA VIII.

LUISA, y despues ALBERTO.

Luisa. (*Aparte.*) Él es! (*Enjugándose el llanto.*) Vamos, tratemos de dominarnos... y sobre todo de aparentar serenidad.

Alberto. (*Muy contento con el contrato en la mano.*) Ya estoy de vuelta, querida Luisa; ah! no puedo mas: tal he corrido! He estado leyendo el contrato en compañía del notario: está completo y redactado en debida forma... no faltan mas que las firmas.

Luisa. (*Friamente y con ironía.*) Y estais decidido á estampar la vuestra?

Alberto. Yo!... como que en ello cifro toda mi dicha.

Luisa. Sin pesar alguno?

Alberto. Podeis dudarlo?

Luisa. Y sin remordimientos?

Alberto. (*Asombrado.*) Remordimientos!... qué significa ese lenguaje?... por qué me decís?...

Luisa. (*Con imperio.*) Dadme esa escritura...

Alberto. Tomadla. (*Dásela y Luisa la rasga.*) Qué haceis? ese contrato!...

Luisa. (*Enseñándole el escrito de Petra.*) Ya es inútil... este es el que habeis firmado... y el que tambien firmaré yo... pero en calidad de testigo.

Alberto. No comprendo... (*Echando una ojeada sobre el papel.*) Cielos!

Luisa. Oh! le habeis reconocido?

Alberto. (*Muy confuso.*) Si... yo... sin duda... pero os juro, Luisa, que no la amo, que nunca la he amado!

Luisa. (*Con desden.*) Mentís!

Alberto. (*Con mucho calor.*) Pues bien! sí... aun cuando luego me aborrezcas, vais á saberlo todo!—Sí; esa promesa fue hecha por mí, firmada por mí, firmada de buena fé... Trataba de cumplirla.—Pero si entonces me hubiera equivocado, si lo que yo calificaba de amor hubiera sido un alucinamiento, un error, que me advirtiera muy luego mi corazon leal al consagrarse todo entero á otra persona?... (*Con fuerza.*) Decid, Luisa, en tal caso deberia yo?...

Luisa. (*Con viveza y energía.*) Cumplir vuestra palabra!... no engañar á una pobre muchacha que cifra en vos todo su cariño, toda su esperanza; que cree en vuestra honradez, porque os aprecia, y que si la abandonáseis se moriria de pesadumbre, porque os ama.

Alberto. (*Con rabia.*) Oh! Petra, Petra!

Luisa. Vamos, Alberto... poneos la mano en el pecho, consultad vuestra conciencia... pensad en esa joven que ha recibido vuestros juramentos!... (*Turbada.*) y si es cierto que vuestro corazon no es enteramente suyo... si es verdad que otra... ha llegado á interesaros mas... (*Movimiento de Alberto. Luisa se vuelve y continúa con la mayor conmocion.*) entonces, amigo mio, acordaos de que habeis dado una palabra sagrada... que sois hombre de bien... que vuestro honor está comprometido... y si aun os faltase ánimo y resolucion para cumplir dignamente vuestro deber... (*Con vehemencia.*) mírame, Alberto... yo te daré el ejemplo... (*Llora.*) aun cuando tenga que huir y ocultarte mis lágrimas... Adios... adios! (*Trata de huir.*)

Alberto. (*Deteniéndola.*) Luisa!

Luisa. (*Friamente y con dignidad.*) Alberto, ya me conocéis: habeis hecho un juramento y yo otro: en adelante

no he de ser para vos mas que la viuda de Leblanc. (*Vase rápidamente despues de haberle mirado con pena por última vez: Alberto queda abrumado.*)

ESCENA IX.

ALBERTO, solo.

Un juramento!... Ah! harto lo sé, le cumplirá!... Estoy perdido... perdido por mi culpa!... (*Con furor.*) Oh! Petra, el cielo te maldiga!... tú has venido á trastornarlo, á destruirlo todo, á atravesarte en el camino de mi felicidad... y á qué tiempo?... cuando ya la tenia entre las manos, cuando acababa de leer esa escritura... cuando ese caudal iba á ser mio!... ese caudal, cuya cifra se ha estampado aquí en caracteres de fuego! Cien mil francos en bosques y dehesas, ciucuenta mil en tierras de labor, y otro tanto que vale la casa!... ya me pertenecian, ya estaban en mi poder!... y de pronto, nada!... nada mas que el recuerdo y el pesar de haberlo perdido todo para siempre!...—No, no será asi... es preciso que Petra me releve de mi palabra, que renuncie á este casamiento, ó de lo contrario... será... está dicho! (*Siéntase muy agitado sobre un banco de la izquierda. Entretanto ha vuelto á salir Luisa acompañando á Petra, á quien anima para que hable á Alberto, entrándose luego en su casa.*)

ESCENA X.

PETRA. ALBERTO.

Alberto. (*Aparte.*) Doscientos mil francos! (*Sentado cerca de la oficina.*)

Petra. (*Con timidez.*) Alberto!

Alberto. (*Levantándose rápidamente y acercándose á ella.*)

Ah! sois vos!... Buena la habeis hecho!... os habeis propuesto perderme... arruinarme!

Petra. Yo!

Alberto. Y os venís con amenazas de hacerme cumplir una promesa...

Petra. Gran Dios! qué estais diciendo!... Oh! la cólera os

ciega, Alberto!... en este momento no habla vuestro corazón, no es él quien me acusa.

Alberto. (Con furor.) Podreis negarme que queríais?...

Petra. (Con dulzura.) Quería salir de este pueblo... alejarme de vos... de mi madre, de todo lo que amo en el mundo: en fin, quería marcharme, y nada más.

Alberto. (Admirado.) Marcharte!

Petra. Sí, á buscar lejos, muy lejos de aquí... en Italia, en Nápoles, la dote que yo deseaba ofreceros: el caudal con que soñabais, y que me había prometido una familia inglesa. *(Pausa.)*

Alberto. (Acercándose á ella con ansiedad.) Un caudal dices?

Petra. (Suspirando.) Sí, y entonces seríamos felices, porque seríamos ricos.

Alberto. (Con mas dulzura.) Y dime, Petra... sabes á cuánto ascendería ese caudal?

Petra. (Con candidez.) Oh! A cinco mil francos cuando menos.

Alberto. (Anonadado.) Ah! Cinco mil francos!

Petra. (Con fuego.) Sí: cinco mil francos: en tres años podría reunirlos... y con ellos compraríamos una pequeña hacienda, la cuidaríamos nosotros mismos y estaríamos siempre al lado de mi madre... qué te parece? Di?

Alberto. Bien, bien! (Aparte.) Cinco mil francos... bien por Dios!... es cuanto sería lo preciso para no morir de hambre, trabajando todo el día sin descanso. *(Con rabia, dirigiéndose al foro.)* Cinco mil francos cuando he tenido doscientos mil entre las manos!

Petra. Espera Alberto: hace un instante que dudabas de mí: pues bien; mira si te amo. *(Con exaltacion.)* A pesar de sus consejos, de sus ruegos, de las lágrimas de mi madre... aun estoy pronta á ejecutar mi proyecto si tu lo quieres. Di una palabra y me marchó.

Alberto. (Levantando la cabeza.) Eh!... te irías?

Petra. Oh! tú no conoces aun mi valor, mi resolución... dicen que somos débiles las mugeres; no es cierto eso cuando amamos. Di solo que me aguardas y hoy mismo me pongo en camino.

Alberto. Hoy!

Petra. (Con mucha viveza.) Sí, tengo hechos todos mis preparativos; he puesto un lío de mis ropas en la ven-

ta del camino real : en aquel punto aguardo la diligencia de Mompeller que pasará dentro de media hora y...

Alberto. Bien , bien ; pero tu madre!... tu madre!

Petra. Oh ! Será preciso que me vaya sin verla , sin decir-la adios : porque se empeñaría en detenerme y sus lágrimas me harían mucho daño... pero lo haré , Alberto , tendré hasta ese valor , si me juras esperarme.

Alberto. Te lo juro.

Petra. Pero , sobre esta cruz.

Alberto. (*Titubeando.*) Sobre esa cruz?

Petra. Sí , es la que tú me has dado ; la que tiene grabados nuestros nombres , y no podrás quebrantar los juramentos consagrados por ella!... Alberto me juras sobre esta cruz amarme siempre y no casarte hasta que vuelva?

Alberto. (*Estendiendo la mano sin vacilar.*) Hasta que vuelvas , Petra... lo juro!—Estás contenta?

Petra. Sí : te creo!

Alberto. Pues bien , démonos prisa , porque se va haciendo tarde ; y ya debíamos estar en el camino por donde pasa la diligencia.

Petra. (*Deteniéndole.*) Y mi madre , mi madre que está ahí!... Ya que no la vea , quisiera al menos escribirla.

Alberto. (*Frunciendo las cejas.*) Una carta! (*Después de un momento de reflexion.*) Tienes razon... escribela... mira , en el despacho... ahí encontrarás todo lo necesario... pero que sea pronto. (*Petra entra en el despacho entretanto que Alberto se encamina al foro para observar si viene alguno. Empieza á anohecer.*)

Petra. (*Escribe llorando.*) «Madre querida: bien sé que voy á desgarrar tu corazon , y por eso me marchó sin abrazarte... No he querido verte , porque entonces lo conozco , no hubiera tenido valor para marcharme y es menester que me marche... la suerte lo quiere así... No creas que soy ingrata , no!... las lágrimas que en este momento borran lo que escribo , mi cariño , mi vida entera que te será consagrada te la probarán cuando vuelva... pero ruega á Dios que sea cuanto antes , porque lejos de tí , lejos de Alberto , tu pobre Petra será muy infeliz.» (*Se detiene y llora.*)

Alberto. (*Dirigiéndose al despacho.*) Has concluido?

Petra. (*Saliendo del despacho.*) Espera. Dios mio ! perdónadme , muy culpable soy !

Alberto. Te arrepientes, Petra?

Petra. (Con exaltacion.) No, porque te amo!... ven, ven, partamos! (Le atrae hácia sí cogiéndole del brazo y vanse por la derecha.)

ESCENA XI.

GERÓNIMO. Despues LUISA.

Gerónimo. (Siguiéndolos con la vista.) Calla... calla... háse visto mayor bribonazo!... no contento con hacer el amor al ama, se va de paseo con la chica!... oh! aqui llega la señora Luisa... yo no soy chismoso, pero no he de perder esta ocasion de irle haciendo la cama.

Luisa. No es aquel Alberto?

Gerónimo. Sí, nuestra ama... Alberto... Alberto con la Petrita!... con esa muchacha tan linda que...

Luisa. (Aparte con alegría.) No me habia engañado!

Gerónimo. La hija de la posadera... á quien hacia la corte en otros tiempos.

Luisa. (Distraida.) Sí, ya lo sé...

Gerónimo. (Con gravedad.) Y á quien ahora se la vuelve á hacer segun las trazas.

Luisa. (Distraida.) Tú lo crees?

Gerónimo. (Aparte.) Ya empieza á clavarse. (Alto.) Ahí se han estado un buen rato hablando solitos y cuchicheando... y luego se han ido muy conformes y muy enamorados... nuestra ama.

Luisa. Estás seguro de ello?

Gerónimo. (Con viveza.) Segurísimo. (Aparte.) Ya se clavó del todo.

Luisa. Bien: no sabes cuanto me alegro!

Gerónimo. (Sorprendido.) Cómo!

Luisa. Estoy satisfecha... satisfecha de él (Aparte.) y de mí.

Gerónimo. (Aparte.) Ah! ya, pero... pues no se ha clayado como yo pensaba. (Alto.) Conque... conque... conque estais satisfecha?...

Luisa. En extremo.

Gerónimo. (Rascándose la oreja.) Pues entonces... no sois difícil de contentar. (Aparte.) Me he lucido.

Luisa. (*Aparte.*) Pobre señora Delporte! cómo se va á alegrar! (*Se adelanta hácia el foro.*) He cumplido con mi deber, y su dicha me consolará. (*Vuelve á entrar un momento en su casa.*)

Gerónimo. Pero señora... No parece sino que á todas las ha hechizado! Digo!... se va á pasear con la otra... y... (*Interrumpiéndose.*) Oh! qué idea!... si antes que volviese diésemos los días al ama... así... con aparato... bueno!... Los compañeros me aguardan, y todo está listo... Vamos... corriendo. Ah! perillan, te me vas á paseo el día de san Luis... te me vas á paseo, perillan! (*Vase corriendo.*)

ESCENA XII.

LUISA. ANTONIA.

Luisa. (*Muy contenta.*) Venid, madama Delporte, venid... tengo buenas noticias!

Antonia. Cómo!

Luisa. Todo está compuesto... los amantes se han reconciliado: los he visto salir cogidos del brazo; vamos á ser todos muy felices!

Antonia. Quiéralo Dios!

Luisa. Por supuesto que su suerte corre de mi cuenta.

Antonia. Será posible!

Luisa. Alberto es ambicioso y quiero que esté contento: mi regalo de boda será nombrarle regente de la casa.

Antonia. Gracias, señora, gracias; vos habeis sido nuestra providencia! (*Siguen conversando por lo bajo.*)

ESCENA XIII.

DICHAS. SUSANA. POSTILLONES Y ALDEANOS *con ramilletes.*

Luisa. (*Volviéndose.*) Pero qué es esto? por qué se ha reunido tanta gente?

Gerónimo. (*Con intencion y con voz sonora.*) Toda esta gente, nuestra ama, es una pequeña muestra de los que bien os quieren... que no son pocos en el pueblo, incluso Gerónimo Desiderio, llamado alma-grande... Hoy es el día de san Luis, nuestra ama!

Luisa. (*Aparentando sorpresa.*) Mis días!

Gerónimo. Y nosotros no podíamos olvidarlo, nuestra ama: ningún hombre de bien lo ha olvidado!... Solo falta el *caballerito* Alberto.

Luisa. Te has equivocado: aquí llega. (*Sale Alberto muy pálido.*)

Gerónimo. (*Aparte.*) Sí, pero no trae ramillete... ahora te quiero ver... farolon.

ESCENA XIV.

DICHOS.—ALBERTO, *con ademan sombrío hasta concluir el acto.*

Luisa. Cómo es eso, Alberto? no me traes ramillete siendo mis días?

Alberto. Ramillete!... vuestros días!... ah! es cierto... Perdonadme, señora... se me ha olvidado...

Luisa. Olvidado!

Gerónimo. (*Con indignacion profunda.*) Se le habia olvidado!... Qué tal? (*Hace seña á los postilloues y se van silenciosamente.*)

Alberto. Estaba tan distraido!... con la mala noticia... que tengo que daros...

Antonia. Pues qué hay?

Alberto. En vano traté de oponerme... se la habia puesto en la cabeza!

Antonia. Por Dios, decid, qué ha sucedido? hablad... hablad!

Alberto. Es que... vuestra hija... Petra...

Antonia. Mi hija!... Dónde está?

Alberto. Ya sabiais sus ideas de ambicion, de riquezas... de reunir una dote... por mas que la he suplicado, por mas que he hecho para detenerla... no ha querido escuchar-me... Pasaba la diligencia de Mompeller y... se ha marchado!

Antonia. Se ha marchado!

Alberto. Abi teneis una carta que me ha dado para vos... me ha dicho que dentro de pocos dias recibireis otra... qué escribirá á menudo... es lo único que he podido conseguir.

Antonia. (*Dolorosamente.*) Se ha marchado! mi hija! ah!

este golpe es superior á mis fuerzas! (*Cae desfallecida en el banco. Luisa procura consolarla.*)
Alberto. (Aparte.) Se ha marchado, sí, para no volver!
(*A este tiempo salen los postillones por la izquierda guiados por Gerónimo y disparan algunas escopetas gritando: Viva nuestra ama. Los aldeanos les imponen silencio, señalándoles á Madama Delporte desfallecida sobre el banco.*)





Acto segundo.



El teatro representa el patio de la granja conocida en el país por la granja vieja, y cuyo aspecto denota haber sido reedificado de nuevo. A la derecha, en primer término, la casa. A la izquierda, al pie de una escalera que comunica con el exterior, una cisterna cegada. Al foro una puerta grande que da al camino.

ESCENA PRIMERA.

SUSANA Y GERÓNIMO, *con pelo corto y una blusa azul.*

(Al levantarse el telón Susana y dos criados bajan por la escalera del fondo con panes, botellas y vasos que llevan á la parte del edificio que se halla á la izquierda. Susana vuelve á salir á poco rato, y viene á sentarse al lado de Gerónimo, que lo está ya en el borde de la cisterna.)

Susana. Pero, señor, qué hace aquí este enemigo de hombre?

Gerónimo. *(Con aspereza.)* Lo que no os importa.

Susana. *(Con amabilidad.)* Quereis que baje á buscaros algo á la bodega hoy que tengo la llave?

Gerónimo. No tengo sed.

Susana. Quereis que vaya á la cocina y os traiga algo?

Gerónimo. No tengo hambre.

Susana. Estais malo?

Gerónimo. Puede ser.

Susana. (Con zalamería.) Vamos, Gerónimo, decidme por qué estais tan triste, vos que sois tan alegre, tan amigo de reír y charlar, que por eso os llaman todos alma-grande.

Gerónimo. Dejadme en paz. — No siempre ha de estar el horno para rosquillas.

Susana. (Desesperada y dándole un empujon.) Decid grandísimo bellaco, os parece que es ese modo de responderme? eh?

Gerónimo. Quereis dejarme el alma quieta, ninfa del corral.

Susana. No... no quiero hasta que me digais... Hábrase visto cazurro igual!... La tonta soy yo en bajarme de este modo, y en tomarme el trabajo de preguntarle lo que tiene, para que el muy grosero no se digne siquiera responder. (Sacudiéndole.) Creeis que voy á dejaros que os esteis así con los brazos cruzados... y que yo lo he de hacer todo, mientras que los amos estan en casa del notario?

Gerónimo. (Con rabia.) Los amos!... los amos!... no es mal amo él!

Susana. Sí señor, el amo... mal que os pese, porque mañana á mas tardar será el marido de la señora... y esta vez sí que no hay escape!... ya estan corridas las amonestaciones!

Gerónimo. (Levantándose y paseando por el teatro.) Esto es hecho... hago mi dimision... sí señor, mi dimision! mi degradacion... mi humillacion antes que llamar amo á ese hombre... Un hipócrita... un desalmado!... un farramalla!... que bajo pretexto de que monta bien á caballo, quiere hacernos andar á los demas en un pie como las grullas. (Con aspereza.) — Por qué habeis hecho esto... por qué habeis hecho lo otro? Siempre estais contraviniendo á lo que está mandado! responded! (Con sumision.)—Pero, señor Alberto!... (Con aspereza.)—Silencio!—y acaba de decirle á uno que hable, y en cuanto ve que abren la boca: Silencio! Pero entretanto el señorito hace, deshace, rebaja las propinas, vende, compra. (Señalando á la casa reedificada.) Hace obras, cueste lo que cueste... Se le da un bledo de contravenir á las órdenes... está considerado de todo el mundo... conoce á diputados... á gente de campanillas: tiene carta blanca pa-

ra volcar y atropellar á todo el mundo... qué cuidado se le da á él! no le ha de hacer nada!

Susana. Todo eso que decís es por envidia!

Gerónimo. Pues, sí señora, porque me ha usurpado mi puesto y mi muger.

Susana. Su muger!... ah! ah!... como si el ama hubiese puesto los ojos alguna vez en vos.

Gerónimo. Miren qué gracia!—Cómo los habia de poner si el muy envidioso se ha dado prisa á oscurecer mis prendas personales... (*Enseñando su cabeza.*) Me ha prohibido que lleve coleta y botas de montar... por celos sólo... por celos!... Infame!... me ha mandado poner esta blusa azul para que parezca un espanta-pájaros.

Susana. Y qué importa eso, si á mí me pareceis bien de cualquier modo... y no quiero mas marido que vos?

Gerónimo. Vuestro marido!... yo! (*Con desprecio.*) Mas valiera que fuerais á cuidar de los pavos.

Susana. Por qué no habeis de casaros conmigo?

Gerónimo. Porque me saldria muy caro.

Susana. Caro? no lo creais.—(*Cogiéndole de la mano.*) El alcalde me ha dicho que todo lo mas que nos costaria serian treinta francos.

Gerónimo. Pues serian treinta francos tirados al agua.

Susana. (*Encolerizada.*) Desvergonzado!... Es decir que os negais á casaros conmigo! Pues mirad... os habeis de casar mal que os pese, (*Pegándole y persiguiéndole.*) os lo juro.

Gerónimo. Eh! con tiento... tutora de gansos y gallinas cluecas... mirad que si os doy las toruas... Soltad os digo, que viene gente. (*Viendo venir á Delalonde.*)

ESCENA II.

DICHOS.—DELALONDE, por la puerta del foro.

Susana. Ah! es el señor procurador del rey! Servidora vuestra, señor Delalonde.

Delalonde. Buenos dias, muchachos, buenos dias.

Gerónimo. Vos por este pueblo, señor Delalonde?

Delalonde. Llego en este momento.

Gerónimo. Ah! entonces no sabreis las mudanzas que ha habido por casa.

Delalonde. (*Riendo.*) Difícil sería que las supiera, porque no he encontrado á nadie. Me han dicho que todo el mundo estaba aquí, á média legua de la casa de postas.

Susana. En la granja vieja.

Delalonde. Pero cuando yo estuve aquí el año pasado, la granja vieja merecía ese título efectivamente, porque era un edificio ruinoso y aislado en medio de los campos... y ahora veo que se han levantado tapias nuevas, reedificado la casa...

Susana. (*A Delalonde.*) Sí señor, por mandado del ama. Compró las ruinas y las tierras que dependían de la casa, y después ha edificado en el mismo sitio la hermosa granja que veis.

Gerónimo. Todo ello por consejo del señor Alberto Castagnari.

Delalonde. Su administrador, según creo?

Susana. Oh! algo más que eso, señor Delalonde, porque en este momento están en casa del notario firmando el contrato.

Delalonde. El contrato?

Susana. Y mañana se casan!

Delalonde. Pero si la memoria no me es infiel, con quien debía casarse ese Alberto, era con Petra, la hija de la posadera de la Cruz-blanca?

Susana. Es verdad: pero la pobre muchacha no tenía dote... Viendo esto, la infeliz se fue á Nápoles con una familia inglesa para tratar de hacer algún dinero por su parte, y el señor Alberto se obligó á aguardarla hasta que volviera... pero á los tres meses de su marcha, tuvimos el sentimiento de saber que había muerto.

Delalonde. Muerto!...

Gerónimo. Sí señor, murió... aguardad... murió de no sé que... en fin... del pecho según dijeron... Qué desgracia!... y no cabe duda, porque todo el pueblo ha leído las cartas que escribía á su pobre madre... era cosa para llorar! señor Delalonde... para llorar! Después se recibió otra de los señores en cuya casa había estado... la trajo un extranjero juntamente con la fe de muerte, la ropa y el dinero que la pobre tenía ahorrado, porque parece que aquellos señores la trataban bastante bien, y ella iba haciendo su agostillo.

Delalonde. Es decir que con ese motivo Alberto se ha encontrado otra vez libre.

Gerónimo. Y ha tratado de volver á heclizar á nuestra ama.

Delalonde. Lo cual ha conseguido, á lo que parece.

Gerónimo. Mala alma !... se casa cuando todavia no hace tres meses de la muerte de la otra ! Si siquiera hubieran sido seis... vaya con Dios ! A los seis meses es facil que uno lo olvide... porque asi hace todo el mundo... pero á los tres !...

Delalonde. Creo ver en tí un rival desbancado , pobre Gerónimo.

Gerónimo. No quiero negároslo , señor Delalonde. Me lleva el demonio... No es un dolor ? una pobre muchacha que abandona su patria , su madre , todo por él ; que se va á una tierra estraña solo por enriquecerle ! Habrá uno siquiera en la honrada sociedad que no diga como yo que debia estar llorándola toda su vida , como su pobre madre que sueña con ella todas las noches que la ve... que la habla... que está como si digéramos atontada !... Pero andad á preguntarle al muy descastado lo que sueña ?... No haya miedo que la memoria de la muchacha le deje sin dormir... oh ! lo que él debia haber hecho era...

Delalonde. Dejarte casar con la otra , no es esto ?

Gerónimo. Cáspita ! eso me armaba !

Susana. (*Avisando por la escalera.*) Mirad aquí viene el ama con el señor Alberto. (*A Delalonde.* Quién les habrá dicho que estais aquí ?

Gerónimo. (*Aparte*) Oh ! Qué buena idea se me ocurre ! Ahora que ha venido el señor Delalonde voy á ver si puedo entrar en la gendarmeria del departamento... como pueda ser , tendré el gustazo de volver á ponerme mis botas de montar , y no me verá obligado á llamar amo á ese Alberto de condenacion !... Está dicho... le hablaré despues. (*Vase con Susana.*)

ESCENA IV.

DELALONDE. LUISA. ALBERTO.

Delalonde. (*Saliendo al encuentro de Luisa.*) Buenos dias , apreciable Mme. Leblanc. (*Saluda á Alberto.*)

Luisa. Qué milagro! Señor Delalonde, vos por este pueblo!... casi no lo creo... Van á verse las causas de este año?

Delalonde. No tardará mucho; pero no es eso solo lo que aquí me trae... vengo también con motivo de las elecciones.

Luisa. Ah! es verdad.

Delalonde. Conque según veo estais decidida?... Se acabó la viudez! me han dicho que mañana os casais.

Luisa. Ah! no creais que es cosa de ahora... lo tenía ya pensado hace algun tiempo... pero se han ofrecido tantas dificultades!... y luego ya sabeis que un pueblo hay que lidiar con tanto chisme... con tanto enredo!...

Alberto. (Con alegría.) Por fin, esta vez va de veras: ya se han corrido las amonestaciones, y en este momento venimos mi Luisa y yo de firmar el contrato... Mañana será la boda, y á no ser que el diablo en persona venga á desbaratarlo, pasado mañana seré el primer maestro de postas de la comarca, (Conteniéndose.) y lo que es mas, esposo de mi Luisa.

Delalonde. Os doy mi parabien por tan buena dicha, amigo Alberto... vais á poseer una muger joven y bonita... un caudal mas que mediano... con eso puede aspirarse á todo... y no será extraño que en las próximas elecciones seais propuesto, en vista de vuestras circunstancias, para alcalde de esta comun.

Alberto. (Con alegría.) Si lo llegase á ser, señor Delalonde, os juro que ninguno mas que vos seria nuestro diputado extra-muros.

Delalonde. Bravo, por vida mia, bravo.

Alberto. Ya lo arreglaremos aquí... el tio de mi muger, que es un rico traficante de ganados, puede disponer de cien votos... y treinta con que yo cuento.

Delalonde. Son mas de los que me hacen falta.

Alberto. De veras?... Oh! pues es preciso que os hagais presente... hacedlos una visita, eso no cuesta nada... y es cosa que lisonjea!... un apretón de manos á este, un convite al otro... y con esto podeis contar de seguro con una buena mayoría.

Delalonde. No quiero desairaros. Iré hoy mismo á hacer una visita á mis comitentes.

Alberto. Pero no os comprometais con ninguno por hoy,

porque contamos con vos para que nos acompañeis á comer.

Luisa. Ah! sí... espero que aceptareis... señor Delalonde?

Delalonde. Cómo no! amigos míos, tendré en ello sumo gusto.

Alberto. Con que... vendreis?

Delalonde. De seguro. (*Alegria de Luisa.*)

Alberto. Mil gracias por tanto honor! (*Le da la mano.*) Con Dios, señor diputado.

Delalonde. (*Tomándola.*) Adios, señor alcalde. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

LUISA. ALBERTO.

Luisa. (*Viéndole marchar y dando palmadas.*) Un procurador del rey en nuestra boda!... qué alegría!... qué envidia van á tener todos los del pueblo!—Pero crees que vendrá?

Alberto. Que si vendrá?... no tengas miedo de que falte... No le has oído?... me ha llamado amigo... me ha dado la mano!... Eres muy inocente, Luisa mía... no ves que me necesita para las elecciones?

Luisa. Tienes razon.

Alberto. Y como llegue á conseguir que le nombren diputado, ten por cierto que hará cuanto esté en su mano para que yo sea alcalde.

Luisa. (*Apoyándose en su hombro.*) Sabes que no eres tonto?

Alberto. (*Preocupado.*) Asi dicen...—Pero, hablando de otra cosa, sigues en la idea de que celebremos nuestra boda en esta granja?

Luisa. Sí, y formo empeño en ello. (*Dirigiéndose hácia el foro.*) Porque aqui (*Con constanza.*) cabrá mas gente.—Comeremos en la misma granja, y despues se bailará un poco.

Alberto. (*Caviloso.*) Bien, como tú quieras.

Luisa. En qué piensas, Alberto?

Alberto. Quieres saberlo?... pues escucha... Pienso... en que jamás me has parecido tan hermosa. (*Quiere abrazarla.*)

Luisa. (*Queriendo desasirse de él.*) Adulador!... Vamos...

déjame... van á llegar los convidados, y tengo que ver si está todo dispuesto.

Alberto. Eh! tienes tiempo sobrado. (*La abraza.*)

Luisa. (*Siente ruido y da un grito.*) Ah! alguien viene!... lo ves? (*Arregla su vestido.*) Es la señora Delporte, la posadera.

Alberto. (*Sombrío.*) La madre de Petra! (*Queriendo desviarla de allí.*) Vámonos... no quiero verla.

Luisa. Por qué?

Alberto. Bien lo sabes... Desde que murió su hija, la pobre muger está insufrible... no puede ver á nadie, y mucho menos á mi.

Luisa. Toma!... no has hecho todo cuánto ha estado en tu mano?... no has procedido con su hija con la mayor honradez?... Si la pobre muchacha se desgració, qué culpa tienes tú?

Alberto. (*Bajo.*) Calla!... ya está aquí!

ESCENA V.

DICHOS. — ANTONIA.

(*Antonia llega hasta el medio del patio sin verlos, como una muger triste y casi loca.*)

Luisa. (*Pasando á su lado.*) Buenos dias, querida Antonia. (*Antonia levanta los ojos, se sonrie con Luisa, y se estremece al ver á Alberto que se acerca á ella.*)

Alberto. Buenos dias, señora Delporte: hace mucho tiempo que no os hemos visto: ya no os acordais de vuestros amigos... y debeis saber que se os quiere. (*Va á cogerla la mano y Antonia la retira prontamente. Alberto hace que no lo nota.*)

Antonia. (*Yendo á él y como poseida de una idea fija.*) Decidme, Alberto Castagnari, creéis vos que mi hija ha muerto efectivamente de enfermedad? (*Luisa y Alberto se quedan absortos: Alberto hace seña á Luisa de que la pobre no tiene firme la cabeza.*)

Alberto. (*Un poco cortado.*) Qué diablos de pregunta es esa, madama Delporte?

Antonia. (*Mirándole.*) Es que yo creo que ha muerto asesinada.

Luisa. Oh! qué horror!

Alberto. Asesinada!

Antonia. Si... (*Mirándole de luto en luto.*)

Alberto. (*Con mucha naturalidad y sin turbarse.*) Y qué es lo que os mueve á pensar así?

Antonia. Un sueño.

Alberto. Un sueño!

Antonia. Si, un sueño que he tenido, que cada noche se repite y que sin cesar me persigue.

Alberto. (*Mirando á Luisa y sonriéndose.*) Y solo por un sueño os volveis así el juicio, pobre señora!... (*Encogiéndose de hombros.*) Los sueños son cosa de chiquillos.

Antonia. (*Vivamente.*) No digais eso, Castagnari... (*Con tono grave.*) Dios es el que nos los envía.

Alberto. (*Con amabilidad.*) Vamos, madama Delporte... hablemos como personas de juicio... No teneis todas las pruebas necesarias de que vuestra hija ha muerto desgraciadamente, hace tres meses, en Nápoles de una enfermedad?... En primer lugar las cartas que ella misma os ha escrito sucesivamente; y que os anunciaban los progresos de su enfermedad... Podeis contestarme que vos no sabeis leer: pero no puede quedaros duda, porque todo el mundo las ha leído en el pueblo.. hasta yo mismo... madama Leblanc... el maestro... el señor cura... Teneis aun esas cartas?

Antonia. Vedlas!... siempre las llevo conmigo!

Alberto. Bien: quereis dárme las?... Os las volveré á leer... para que no tengais duda.

Luisa. Cuán bueno es!

Alberto. (*Desdoblando las cartas que le ha dado Antonia.*)

Vamos á ver esta... del mes de noviembre... Ah! es la primera... (*La recorre.*) aquella en que os anunciaba que habia llegado con salud... que estaba contenta... es inútil leerla. (*Dobla la carta y desdobra otra y lee.*) «Nápoles dos de diciembre.» (*Habla.*) La segunda... hacia ya un mes que se habia marchado... os acordais? (*Antonia hace una seña afirmativa.*) «Mi querida madre: sigo en esta muy contenta; mis amos me quieren mucho y me colman de agasajos y finezas, lo cual me permite hacer algunas economías. Decid á Alberto que tenga paciencia, &c. &c.» (*Con intencion.*) Y mas abajo: «Los médicos me encargan que no trabaje mucho, no sé por qué... pues yo

no siento nada... no os asusteis...» Ya veis que aqui estan marcados los primeros síntomas... no puede ser mas claro.
Antonia. (Llorando.) Es verdad!... es verdad!

Alberto. (Dobla la carta y abre otra.) En fin, la tercera...
(Lee.) «Nápoles quince de enero.» Unas seis semanas despues. *(Lee.)* «Querida madre: si no estuviera tan lejos de vos y de todos mis amigos, seria muy dichosa... mis amos me colman de bondades: no me tratan como una criada; quieren que coma en su mesa y les acompañe á todas partes... Me han regalado un bonito reló de oro.»
(Habla.) Que os ha sido fielmente devuelto con sus vestidos. *(Antonia llora: Alberto continúa leyendo.)* «Ahorrando cuanto pueda, creo que no estaré mas que dos años separada de vosotros, lo cual me parece demasiado largo á pesar de todo.»

Luisa. Pobre Petra!

Alberto. (Leyendo.) «Decid á Alberto &c.» Despues mas abajo: «Olvidaba deciros que los médicos me han obligado á guardar cama hará dos dias; pero esta indisposicion será ligera, porque por mas que ellos digan, yo no siento nada, y por lo mismo no debeis asustaros...» A los quince dias de esto recibisteis la carta fatal escrita por sus amos, y que os entregó un viagero.

Antonia. (Llorando.) Es verdad!... es verdad!

Alberto. Con la fé de muerto firmada por el médico, y la cantidad que tenia ahorrada... ochocientos francos: todo lo cual se os ha entregado religiosamente... no es esto?

Antonia. (Sollozando.) Sí, sí... todo lo he recibido.

Alberto. (Con frialdad.) Hay desgracias de las que nos es dado dudar... por la distancia del punto donde han sucedido... la falta de noticias, y la poca regularidad en la correspondencia. Pluguiese al cielo que la pérdida de querida Petra fuese de este número: mas desgraciadamente todo es cierto; todas las noticias estan contestes; y estos documentos perfectamente en regla, no dan cabida á la mas pequeña duda!... Es una desdicha que no puede graduarse... un acontecimiento horroroso! *(Dándola las cartas.)* Quedad con Dios, madama Delporte.

Antonia. Adios, señor Alberto! *(Enjugándose los ojos.)* Os doy gracias por haberme vuelto á leer estas cartas... ellas son las que me hacen creer que mi hija... *(Los sollozos ahogan su voz y Luisa la consuela.)*

Alberto. (Aparte.) Y yo no temo que venga á desmentirlas del feretro en que la dejé exánime. (*Señala á la cisterna.*)

Luisa. Pobre madre! Vamos, serenaos, es preciso ser razonable... es un mal que no tiene remedio. (*Alberto la hace seña de que le siga.*) Señora Delporte, nos disimularéis si os dejamos... esperamos gente... todos nuestros amigos que vienen á celebrar los esponsales...

Antonia. (Levantando la cabeza.) Los esponsales?

Luisa. Sí... no os he convidado á mi boda porque temia... (*Alberto la tira del vestido y la hace seña de que no hable.*)

Antonia. Vuestra boda!... os vais á casar?

Luisa. Mañana.

Antonia. (Temblando.) Y... con quién?

Luisa. Con Alberto.

Antonia. (Aparte.) Con Alberto!

Alberto. (Bajo.) Vamos... ven... despacha.

Luisa. (Dejándose llevar por Alberto.) Hasta despues... perdonad que os dejemos sola... á mas ver. (*Entranse al interior por la escalera.*)

ESCENA VI.

ANTONIA, sola.

A casarse!... á casarse!... Alberto se va á casar con Luisa!... y apenas hace tres meses nó podia unirse á ella porque mi hija era un obstáculo para ello!... (*Exaltándose.*) Oh! no... los sueños no mienten... quién se atreve á decirlo?... Alberto Castagnari... porque los sueños le denuncian como asesino!... Sí... todo lo veo ahora como si Dios me iluminase con una revelacion sobrenatural!... (*Reflexionando.*) Primeramente su olvido... su ambicion desmedida... su arrepentimiento forzado hácia Petra... su salida con ella... cuando la acompañó á lo largo del cementerio... (*Llorando.*) y desde cuya salida no he vuelto á ver á mi hija querida!... Su muerte repentina é imprevisible al cabo de tres meses... Oh! él es!... él es! (*Dudando.*) Pero y estas cartas, Dios mio!... y estas cartas?... serán falsas acaso... habrá engañado este hombre á todo el

mundo?... al corazón de una madre, al ojo perspicaz de la justicia?... Oh! aquí se encierra algún terrible misterio!

ESCENA VII.

SUSANA. DELALONDE. ANTONIA.

(*En este momento se ve á Delalonde que atraviesa por el fondo: Susana que sale de la granja le ve y le dice.*)

Susana. Vais á la casa de Postas, señor Delalonde?

Delalonde. Sí: por qué lo preguntas?

Susana. Porque podeis pasar por aquí, y atajais mucho camino. (*Señala á la escalera interior. Entretanto que ella le explica por donde ha de pasar, Antonia que le ha oído nombrar dice.*)

Antonia. El señor Delalonde en el país!... el procurador del rey!... Oh! le conozco: es un buen sugeto!... queria mucho á mi Petra!... el cielo es quien le envía!

Delalonde. (*A Susana.*) Gracias, muchacha. (*Susana sale por el foro: Delalonde se dispone á entrar, pero Antonia se le interpone y le detiene.*)

ESCENA VIII.

DELALONDE. ANTONIA.

Antonia. Perdonad, señor Delalonde.

Delalonde. Ah! sois vos, Antonia!... Cómo estais? qué tal va de salud?

Antonia. Ah! señor... ya no hay salud ni sosiego para mí, desde que murió mi hija!

Delalonde. (*Aparte.*) Pobre madre! (*Alto.*) Según me han dicho estaba bastante delicada cuando se marchó.

Antonia. Al contrario, fuerte y buena, señor Delalonde: llena de salud y robustez... fresca y lozana como una rosa!

Delalonde. Y á pesar de eso dicen que ha muerto del pecho?

Antonia. (*Con energía progresiva.*) Mentirá!

Delalonde. En Nápoles.

Antonia. Mentira!

Delalonde. Donde estaba con una familia inglesa?

Antonia. Todo es una infame mentira!... ha muerto asesinada!

Delalonde. Asesinada!... quién?

Antonia. Mi hija!

Delalonde. Quién os lo ha dicho?

Antonia. (Con gran exaltacion.) Ella!

Delalonde. (Mirándola con sorpresa.) Ella! (Pausa.)

Antonia. Escuchad: vos sois un hombre honrado y bondadoso... y no os burlareis de los presentimientos de una madre!... creereis que hay algo de verdadero y sagrado en los avisos que envia Dios algunas veces á su corazon!... Ella es, os lo digo, ella misma la que viene á verme todas las noches!... ella es la que yo veo... la que oigo... (Con naturalidad.) como os veo y os oigo ahora á vos!

Delalonde. Pero reflexionad... eso es imposible!

Antonia. (De pronto.) Imposible!... Hay alguna cosa imposible para Dios?... Y si en su divina bondad quiere consolarme?... si quiere que vuelva á ver á mi hija en la tierra... que oiga todavia su voz querida, creéis que no puede hacerlo?... Si quiere revelar por ese medio un crimen horrible y espantoso, cometido y ocultado por una maldad infame, creéis tambien que no podrá?... No, no... Dios lo puede todo, señor Delalonde!... Yo tambien he creído al principio que esta aparicion no era mas que un error de mis sentidos... un desvarío de mi imaginacion exaltada por la desesperacion y el insomnio... he intentado olvidarla, desecharla de mí... librarne de ella!... (Cor tono solemne.) y siempre ha vuelto... y siempre veo alzarse delante de mí la sombra de mi hija, y repetirme siempre las mismas palabras!... (Mas bajo.) Mirad... esta noche misma me he despertado sobresaltada, bañada de un sudor frio... he sentido descorrer las cortinas de mi cama!... era ella!... pálida y ensangrentada! «Pobre madre, me ha dicho, te quieren hacer creer que he muerto en Nápoles del pecho, pero no es verdad... he muerto asesinada en el patio de la Granja-vieja!»

Delalonde. En el patio de la Granja-vieja!... aquí!

Antonia. Sí... aquí.

Delalonde. Vamos, Antonia... el dolor os trastorna... y yo mismo...

Antonia. (Con energía.) Aquí es, os digo: aquí es donde está mi hija: que se registre y la encontrarán.

Delalonde. (Aparte.) Pobre muger! *(Alto.)* Quedad con Dios, Antonia.

Antonia. (Deteniéndole.) No me creéis? no queréis que se me vuelva mi hija? Os creía bueno y compasivo, señor Delalonde!... *(Con exaltacion.)* Bien está... una vez que no me creéis... yo misma vendré! sí... sola, por la noche: si es preciso cabaré yo misma la tierra con mis uñas, recobraré á mi hija y me la llevaré.

Delalonde. Pensais en lo que decís, señora Delporte?

Antonia. (Fuera de sí.) Oh! vos no podreis estorbármelo... ni vos... ni ellos... ni nadie!... yo la hallaré, os digo... la hallaré ó moriré aqui mismo de dolor!

Delalonde. (Marchándose al foro.) Hacia aqui creo que vienen, callad por favor! *(Quiere imponerla silencio con la mano.)*

Antonia. No... ya no quiero callar mas!... Quiero á mi hija!... que me la vuelva, que me la vuelva muerta si es cierto, pero que me la vuelva!

Delalonde. (Con agitacion.) Gran Dios!... ya estan aquí! *(Alto.)* Pues bien!... sí, sí... os la volverán...

Antonia. (Besándole las manos y cayendo de rodillas.) Oh! señor, cuán bueno sois!... el cielo os lo recompensará!

Delalonde. Bien, bien, pero por piedad, no metais ruido... no deis escándalo... Venid, venid... Ya los oigo. *(Vase Delalonde llevándose la por la puerta de la derecha. Salida general por el fondo. Alberto y Luisa bajan por la escalera que está cerca de la cisterna.)*

Susana. (Que acude del foro.) Señora, aqui vienen vuestros parientes, los amigos de la casa... en fin, todo el pueblo que acude á la boda. *(Al punto que Luisa y Alberto bajan de la escalera, van á encontrar á los convidados que llegan.)*

ESCENA IX.

LUISA. ALBERTO. GERÓNIMO. SUSANA. GENTE DEL PUEBLO
y POSTILLONES.

Luisa. Bien venidos, amigos míos, bien venidos.

Alberto. (A los postillones.) Acercaos, compañeros; no creáis que me he envanecido ni que se me ha olvidado que hace poco era lo que vosotros... venid acá. *(Les da*

las manos.) Me alegro de veros.—Gerónimo, qué haces ahí tan cabizbajo?

Fontanete. Vamos, hombre, pecho al agua... empieza el cumplido...

Gerónimo. *(Con mucha flema.)* Voy... voy! *(Aparte.)* Qué humillacion!... obligado á cumplimentar á mi rival!... hum!... hum!... Por hoy, bien... pero mañana... *(Alto y con tono áspero.)* Señor Alberto: los compañeros han echado suertes para ver quién debía arengaros... con motivo de vuestra boda con el ama!... yo he sido el favorecido... y vengo... *(Aparte.)* Qué ganas me dan de marcharme! *(Fontanete le impide que se marche.)*

Alberto. Vienes á echarme una arenga... Bien!... hombre, empieza.

Gerónimo. *(Aparte.)* De mejor gana te echaria por un balcon cabeza abajo.

Alberto. Vamos, ya te escucho.

Gerónimo. Hum... hum!...—Pues como iba diciendo, señor Alberto, tengo que deciros que todos nosotros hacemos los mas sinceros votos... por... por... *(Viendo á Luisa que viene á ellos.)* porque seais siempre muy feliz, señora ama... que os tenemos siempre en nuestro corazon; *(Apoyado.)* señora ama... y que si alguna vez os sucediese alguna desgracia, nos dejaríamos hacer pedazos por vos, señora ama... *(Con mucha flema á Alberto.)* Esto es lo que tenia que deciros... *(Aparte.)* Uf!... por fin salí del apuro!

Luisa. Gracias, amigos míos, gracias!

Alberto. Ya estamos todos reunidos: no falta mas que el señor Delalonde: me prometió formalmente que vendria y...

Todos. Aquí viene! aquí viene!

ESCENA X.

DICHOS.—DELALONDE, que sale de la granja.

Alberto. Ah! ya estais de vuelta, señor Delalonde? solo á vos aguardábamos para sentarnos á comer.

Delalonde. *(Con gravedad.)* Dispensadme, amigos míos, si vengo á turbar vuestra alegría en este momento: pero se

trata de una madre, de una madre en el mayor descon-suelo!

Todos. Qué es lo que dice?

Delalonde. La comision que traigo es harto delicada; no debo ocultároslo: Antonia Delporte, la posadera de la Cruz-blanca, ha perdido como todos sabeis, hará cerca de tres meses, una hija que adoraba; y la pobre muger, á quien el dolor parece haber trastornado un tanto la razon, os pide por mi mediacion que permitais hacer un reconocimiento en vuestra casa. (*Estremecimiento general.*)

Luisa. Registrar mi casa! Y por qué causa?

Delalonde. Esa infeliz madre, que pasa las noches llorando por su hija, ha llegado á figurarse por la sola idea de un sueño, que el cuerpo de su hija estaba aqui y no en Italia.

Los aldeanos riendo. Ah! ah!... por un sueño!

Luisa. (*De mal humor.*) Cómo se entiende! Vaya una suposicion!... un cadaver en mi casa!... Se quiere burlar de nosotros la señora Delporte?... ya se lo diré yo cuando la vea.

Alberto. (*Tratando de calmarla.*) Luisa! Luisa!

Luisa. Pero si es cosa de perder una la paciencia!... Si la buena muger no tiene el juicio cabal, qué culpa la tenemos nosotros?... Un cadaver!

Un aldeano. Si vais á escuchar todo lo que dice, ya tenéis para rato, señor Delalonde. (*Rumor entre los paisanos.*) Es verdad, es verdad!

Otro aldeano. Dejadla con sus manías...

Delalonde. Amigos míos, tenéis razon en decir que es una locura, pero advertid que es la locura de una madre! de lo mas sagrado y respetable que hay en el mundo! (*Silencio general. Acercándose á Luisa.*) Madama Leblanc, ya podeis figuraros que yo no vengo aqui como magistrado, y que por lo tanto sois dueña de acceder ó no á esa súplica... solamente os haré observar que dando esta satisfaccion á esa pobre muger, podeis restituirla el sosiego y la tranquilidad, mientras que vuestra negativa seria para ella un golpe mortal.

Alberto. (*De pronto.*) Luisa, despues de lo que ha dicho el señor procurador, no debemos titubear...

Luisa. Triste cosa es ocuparse de eso en un dia de boda!

Alberto. Vamos, querida Luisa: tú que tienes tan buen co-

razon!... (*Volviéndose á Delalonde y con mucha serenidad.*) Señor Delalonde, decid á esa pobre madre que yo no olvidaré jamás que he debido ser su yerno; que por lo que hace á su peticion, accedemos á ella muy gustosos Luisa y yo; que señale el dia y la hora que quiera: estamos enteramente á sus órdenes. (*Aprobacion de los circunstantes. Antonia sale de pronto del medio del gentío y se pone frente á frente de Alberto.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. ANTONIA.

Antonia. Agradezco en el alma vuestra determinacion, y pues que consentis, el dia será hoy... la hora, en este momento. (*Silencio general.*)

Alberto. (*Cortado.*) Ah!

Luisa. Eso es ya demasiado exigir!

Alberto. (*Dominándose.*) Luisa, hemos dicho que el dia y la hora que la señora quisiera. Madama Delporte, sino es necesario mas que eso para restituiros la tranquilidad y el juicio... podeis registrar en el momento mi granja.

Gerónimo. (*Aparte.*) Mi granja... habráse visto... dí nuestra granja al menos, usurpador!

Alberto. (*Con calma.*) Pero por dónde hemos de empezar? porque ya sabeis que es grande... á dónde quereis que nos dirijamos primero?

Antonia. (*Mirándole de hito en hito.*) Permaneceremos aquí!

Todos. Aquí!

Alberto. Aquí!... Y qué sitio de este patio quereis que se registre?

Antonia. Esa cisterna! (*En este momento todos se vuelven y se acercan á la cisterna.*)

Todos. La cisterna! (*Alberto permanece solo á la derecha del proscenio, poseido de una viva agitacion que se esfuerza en dominar.*)

Alberto. (*Con una sonrisa forzada.*) Pero esa cisterna es ya muy antigua, señora Delporte... y hace largo tiempo que está cegada.

Antonia. (*De pronto.*) Desde la marcha de mi hija.

Luisa. (*Con sequedad.*) Vamos; vamos, darse prisa y concluyamos pronto... no quiero que quede la menor sospe-

cha con respecto á nuestra casa... manos á la obra, vosotros... vivo... allí hay azadones... traed vuestras herramientas, una escalera... y que baje uno de vosotros al momento. (*Los aldeanos se arman de azadones, y algunos de ellos empiezan á echar abajo la fábrica de cal y canto con que está cubierta ó tapizada la cisterna, mientras otros suben á la granja á buscar una escalera grande de madera. Luisa se acerca á Madame Delporte, la cual durante este tiempo permanece inmóvil en medio del teatro sin ver lo que pasa á su alrededor.*)

Luisa. Señora Delporte... os prometo que os acordaréis de esto... lo que conmigo habeis hecho es muy feo!.. os lo digo porque ya sabeis que yo no sé finjir. Por un sueño!... venir á incomodarnos por un sueño!... los sueños son buenos para los niños! (*En este momento los aldeanos acaban de echar abajo la fábrica que obstruía la cisterna y se descubre la abertura. Los del pueblo se retiran algo temerosos. Antonia parece poseida de una agitación extraordinaria. Luisa es la única que conserva toda su serenidad.*)

Luisa. Vamos, acabemos... un hombre, un hombre que quiera bajar voluntariamente. (*Todos los del pueblo con un temor supersticioso.*) Oh!... yo no!... yo no!...

Gerónimo. (*Aparte.*) Pues señor, sea lo que quiera, yo me arriesgo, y aunque sepa que voy á encontrar allí al mismo diablo en persona: me ha dado una corazonada de que esto le ha de traer algun daño á ese fantasma! (*Alto y con resolución.*) Aquí estoy yo, señora ama. (*Todo el mundo excepto Antonia se vuelve á mirar á Gerónimo.*)

Luisa. Bien está... tú...

Alberto. (*Esforzándose y viniendo á él.*) Sí, tú, querido Gerónimo!... tú! (*Pasa en seguida á la izquierda muy preocupado: durante este tiempo han traído la escalera y la han colocado.*)

Gerónimo. (*Aparte y asombrado.*) Querido Gerónimo! querido Gerónimo!... si habrá de veras gato encerrado! (*Encáminase á la cisterna dentro de la que habrán colocado una escalera de 25 á 30 pies, y baja muy resuelto despues de haberse santiguado. Momento de ansiedad en todos los espectadores. Alberto á la izquierda del proscenio, pálido y desencajado, apenas puede do-*

minar su turbacion, aunque repara que madama Delporte no le pierde un instante de vista.)

Antonia. Se inmuta!... Dios mio! se ha puesto pálido!

Luisa. (*Acercándose á la cisterna y con impaciencia.*) Vamos?... no sube todavia?...

Todos. Ya está aqui! ya está aqui! (*Aparece Gerónimo en lo alto de la escalera; y guarda silencio á pesar de que en su rostro se lee el descontento.*)

Luisa. Y bien?...

Todos. Y bien?...

Gerónimo. (*De mal humor.*) Nada!

Alberto. (*Con alegría mezclada de asombro, y como un hombre que se ha desembarazado de un peso enorme.*) Nada!

Antonia. (*Con incredulidad.*) Nada!

Luisa. (*Encojiéndose de hombros.*) Ya estaba yo segura de ello. (*Todo el mundo se acerca y felicita á Luisa y Alberto. Madama Delporte cae anonadada al pie de la escalera.*)

Gerónimo. (*Aparte.*) En todo me persigue mi maldita estrella.

Susana. Me alegro! para que creas en los aparecidos. (*Le pellizca al pasar y se dirige á hablar á Luisa.*)

Luisa. Amigos míos, la comida está pronta: vamos á sentarnos á la mesa, y así olvidaremos las visiones y los visionarios.

Todos. Si, sí, á comer.... á comer..

Luisa. No vienes tú?

Alberto. (*Saliendo de su meditacion.*) Ah!... sí, vamos. (*Alberto atraviesa el teatro y dice á Gerónimo.*) Cuento contigo y te tendré presente, querido Gerónimo... te tendré presente. (*Gerónimo se queda petrificado.*)

Luisa. (*Antes de salir.*) Señor Delalonde, no venís?

Delalonde. Soy con vosotros al momento, amigos míos. (*Luisa entra en la granja y Delalonde se acerca á Antonia que se ha quedado absorta.*)

ESCENA XII.

ANTONIA. — DELALONDE.

Delalonde. Ya habeis visto, señora Delporte, que vuestras sospechas eran sin fundamento... ahora debéis estar satisfecha... ó al menos gozar de mas tranquilidad. Vamos, volved en vos... y creedme, renunciad á esas ideas que os quitan la vida, y que no sirven mas que para inquietar á vuestros amigos... todas estas buenas gentes os quieren: pero tened cuidado, con esa conducta concluireis por haceros enemigos en el pueblo, y yo no estaré siempre aquí para defenderos... Adios y procurad calmaros.

Susana. (Saliendo de la granja.) Señor Delalonde, os estan esperando.

Delalonde. Voy... voy. *(Entrase en la granja con Susana. Antonia, á quien habia él acompañado amigablemente hasta el fondo del teatro, vuelve maquinalmente al medio de él.)*

ESCENA XIII.

ANTONIA sola en medio del teatro y como si hablase á un ser invisible que viesse desaparecer.

Nada! nada! pero si es asi!... por qué me persigues, fantasma que veo sin cesar delante de mí. *(Se acerca á la cisterna.)* y que me señala sin cesar esta cisterna!... Huye de mí, sombra infatigable!... disipáos de una vez, nubes de fuego que no puedo penetrar... y que me impiden ver lo que se encuentra en el fondo... ahí... en el fondo. *(Inclínase y hace esfuerzos como para desgarrar las tinieblas que la ocultan lo que se halla en el fondo de la cisterna, de repente da un grito como si viesse salir de ella la sombra de su hija.)* Otra vez!... vete... vete te digo... ó dame pruebas... pruebas!... lo oyes!... pruebas que puedan confundir y aniquilar al asesino! *(Agotadas sus fuerzas en esta lucha, cae desmayada detras de la cisterna y queda oculta enteramente por uno de los lados de la escalera. Noche completa.)*

ESCENA XIV.

ANTONIA , desmayada en el fondo. — ALBERTO.

A este tiempo sale Alberto de la granja y observa si alguno puede verle : en seguida se acerca á la cisterna y dice apoyándose en la escalera.

Alberto. Cómo es que esta sima ha perdido el cadáver ? (Aparece en este instante un desconocido por el foro, como buscando á alguno á quien dirigirse ; repara en Alberto que está vuelto de espaldas y le da con la mano en el hombro. Alberto aterrorizado se vuelve con viveza y suelta la escalera.)

El Desconocido. Decid , caballero !...

Alberto. (Muy agitado.) Quién es ?

El Desconocido. (Con naturalidad.) El juez de este pueblo, dónde vive ?

Alberto. (Estremeciéndose y sin poder hablar apenas.) El juez!... allí abajo. (Señala á la derecha.) Al lado de la iglesia !

(El desconocido se vuelve despues de darle las gracias con la mano, y se dirige al sitio indicado. Cae el telon.)





Acto tercero.

El teatro representa un cuarto de la posada de madame Delporte.—
Puerta al foro.—Escalera á la izquierda.—Silla poltrona á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

GERÓNIMO. SUSANA, *con una linterna que deja sobre un arca. Salen por la puerta de la escalera.*

Gerónimo. Vaya, no tembleis así, buena Susana.

Susana. Toma! pues y vos... qué es lo que haceis?

Gerónimo. Ba! son los nervios! Temblar yo! un gendarme que va á entrar en el lleno de sus funciones.—No señora, esto no es miedo!... ni en la vida le he conocido; lo que digo es que maldita la necesidad tenia el ama de enviarnos á la posada de la Cruz blanca, sobre todo á hora tan espuesta!—Vamos á ver; por último, qué es lo que habeis visto?

Susana. Al trasluz de los vidrios... al fin de ese corredor que va al cuarto de la pobre Petra que esté en gloria... he visto...

Gerónimo. El qué? vamos...

Susana. Una fantasma vestida de blanco.

Gerónimo. Una fantasma!

Susana. Sí, una fantasma que andaba y alzaba los ojos al cielo, y juntaba las manos así.

Gerónimo. Y estais bien segura de que ese es el cuarto de la difunta que se murió?

Susana. Sí, de la desgraciada Petra... en el cual no ha en-

trado nadie desde su muerte... ni aun su madre!... además que la madre, como todo el mundo sabe, va siempre vestida de negro.

Gerónimo. Verdad es; pero dónde está ahora la señora Delporte!... hemos atravesado toda la casa sin tropezar con ella.

Susana. Mirad, Gerónimo, yo creo que lo mejor que podemos hacer es dejar ahí este obsequio que el ama la envía, para que celebre el día de su boda, y en señal de que no es rencorosa, y marcharnos corriendo de aquí.

Gerónimo. Si... teneis razon... dejémoslo y vámonos á tomar el fresco. (*Pone el cesto en el suelo y va sacando las provisiones.*) Todo viene intacto... uvas... camuesas... el pastel... ah! y esta del lacre encarnado que haría resucitar á un muerto! Esperad, se me ocurre una idea... Oh! si tengo un caletre!... Si no se la destapo, la pobre señora no podrá beber... esto es, tomando esta precaucion, la buena muger no tendrá mas que hacer asi... lo veis? asi... (*Se sirve y bebe.*) ni mas, ni menos... Verdad que es mucho mas cómodo? (*Despues de haber bebido.*) Bien decia yo que es capaz de resucitar á un muerto. Sin embargo, tiene un gustillo!...

Susana. Pero no os da que pensar como á mí que á estas horas no esté todavia en su casa?

Gerónimo. (*Echándose de beber.*) Ya se ve! á las once de la noche!... es cosa singular... pues señor, yo bien decia... tiene una punta de aguardiente.

Susana. (*Bajo.*) A no ser que se le haya pasado la hora rezando en la iglesia por el alma de su hija, como ya mas de una vez la ha sucedido.

Gerónimo. (*Acabando de beber.*) Bien puede ser... muy bien puede ser eso tambien... Por fortuna que ha habido quien se acuerde de ella, y en viniendo se encontrará una buena cena y mejor vino. (*Echase de beber otra vez.*) Es un vino que basta con beber una gota.

Susana. Eh! poco á poco... si bebeis asi, seguramente que no la quedará mas que una gota!

Gerónimo. (*Mirando la botella.*) Ay! es verdad... pobre muger!... lo siento!... porque la hubiera sentado muy bien, (*Dando un grito.*) Ah! Jesucristo!

Susana. (*Asustada.*) Qué? qué es eso?

Gerónimo. Nada... nada... que me estoy aquí charlando y

perdiendo el tiempo con que si el vino es bueno ó no es bueno... como si fuera para mí! Con estas y las otras se me ha olvidado que tengo que estar revestido de mi nuevo carácter?

Susana. Cómo nuevo caracter?

Gerónimo. Sí, tengo que ir á ponerme el tricornio, las botas de montar, &c. &c. para recibir á mis compañeros, que me ofrecieron ir á darme la enhorabuena. Perdonad, señora Susana, pero ya sabeis que la obligacion es antes que todo. (*Vase corriendo.*)

Susana. (*Corriendo á la puerta del foro que vuelve á cerrar en cuanto sale Gerónimo.*) Qué es eso, qué es eso, señor Gerónimo, así os vais? Pues me gusta!... Hay ley de Dios para dejarme aquí sola... al lado de ese cuarto que... de ese cuarto donde... porque no hay que decir, yo lo he visto. (*Gritando.*) Ay, Dios mio! siento pasos... se acercan aquí. (*Abrese la puerta.*) Ah! (*Da un grito y se vuelve ocultándose la cara con las manos.*)

ESCENA II.

SUSANA, vuelta hácia la poltrona. JULIO DURVILIERS, que baja por la escalerilla.

Durviliers. Decidme, buena muger, podré hablar un momento con la señora Delporte?

Susana. (*Volviéndose.*) Calla, es un hombre! Pero por dónde habeis entrado, caballero?

Durviliers. Por la huerta... y he venido aquí atravesando ese cuarto que está al fin del corredor.

Susana. (*Asustada.*) El cuarto que está al fin del corredor!

Durviliers. Viéndole desocupado, me he instalado en él... aguardando que venga la dueña de la posada.

Susana. A estas horas!—La señora Delporte no puede tardar en venir... y á mas de eso... si yo la encuentro, la diré que entre á hablaros. (*Dase prisa á marcharse.*)

Durviliers. (*De pronto.*) No... no... es inútil... yo mismo vendré á pedir lo que me haga falta.

Susana. Ah!

Durviliers. Deseo que nadie entre en mi cuarto.

Susana. (Aparte.) Oh! aqui hay gato encerrado... no hay duda... este hombre es sospechoso. (*Vase.*)

ESCENA III.

DURVILIERS, *solo.*

El procurador del rey estaba ausente... y habré de aguardar hasta mañana... no he querido ver á nadie antes que á él... ni aun á madama Leblanc, mi tia... es preciso evitar que trasluzcan la menor cosa. (*Reflexionando.*) El hombre que ha cometido tal crimen, no es un malvado como otro cualquiera... y con él todas las precauciones son pocas!... Por fin voy á conocer á ese hombre que sin saberlo él fue rival mio!... ese Alberto que supo darse á querer de ella cuando me ausenté de este pueblo sin atreverme á hablarla de mi amor!... Infame! cuán alevosamente ha correspondido al cariño mas acendrado... al desprendimiento mas noble! Con tal que el miserable no haya abandonado este pais desde que cometió el crimen!... Debí haberme informado de él en cuanto llegué!... Iré ahora mismo!... no, si la infeliz madre volviera en este momento... si penetrase en ese cuarto... no, no, la aguardaré... Ah! alguien se acerca!... ella, sin duda... (*Se presenta Alberto.*) No, no es ella! que querrá este hombre?

ESCENA IV.

ALBERTO. DURVILIERS.

Alberto. (Muy afectuoso durante toda la escena.) El señor Julio Durviliers.

Durviliers. Yo soy, caballero.

Alberto. La noticia de vuestra llegada se ha extendido por el pueblo, y á pesar de lo adelantado de la noche, no he vacilado en venir á disculparme con vos.

Durviliers. A disculparos conmigo?

Alberto. (Sonriendo.) No me habeis conocido?... yo soy el que hace poco os dió las señas de la casa del procurador del rey.

Durovillers. En efecto, ahora caigo.

Alberto. (Sonriendo.) No le habreis hallado?... estaba en mi casa!... en una comida de boda... alli está todavia... y como el error fue mio, á mí me toca repararle. Espero por tanto, caballero, que no os sorprenderá el que venga á instaros á que nos hagais compañía; sobre todo, cuando sepais que yo soy el favorecido... y que la persona con quien me caso es madama Leblanc, vuestra tia.

Durovillers. Mi tia!

Alberto. Dejasteis este pueblo, á lo que me han dicho, resentido con ella, y señalan el dia de mi entrada en vuestra familia con una reconciliacion; es una buena fortuna que yo no debia por ningun título desperdiciar!... en vista de mis instancias, Luisa misma me envia á vos... y os espera.

Durovillers. (Con suma frialdad.) Os estoy por ello sumamente agradecido: pero en este momento... esta noche sobre todo... me es absolutamente imposible salir de esta casa.

Alberto. Entiendo... el cansancio del viage tal vez.

Durovillers. (Mirando hácia la puerta de su cuarto.) Sí... sí... eso es... el cansancio.

Alberto. (Con mucha sangre fria.) Por lo que hace á vuestros asuntos con el procurador del rey... quizas me halle tambien en posicion de seros de alguna utilidad. Le he prestado algunos servicios... y nada puede negarme; si en vista de esto quereis dejar esos asuntos á mi cargo...

Durovillers. Vuestra amabilidad me deja confuso, caballero!... pero el asunto que tengo que poner en su conocimiento es harto grave!... harto delicado para que pueda confiársele á nadie que no sea el mismo procurador del rey en persona.

Alberto. Entonces os pido mil perdones... no insisto mas.

Durovillers. Pero ya que no os moleste, podré saber al menos el nombre de un sugeto que tan vivo interes me demuestra, y que dentro de poco debo llamar...

Alberto. Mi nombre es Alberto, caballero.

Durovillers. (Retrocediendo de pronto.) Alberto!!! Alberto Castagnari.

Alberto. Sí, señor Durovillers.

Durovillers. (Con energia.) Alberto el postillon! (Oyese rui-

do en el cuarto de Durvillers, cuya puerta se cierra de pronto.)

Alberto. Pero, qué ruido es ese? habia gente en ese cuarto?

Durvillers. (Cerrándole el paso y con energía.) No os acerqueis... es mi cuarto! Os prohibo que piseis el dintel de esa puerta. Y sois vos... vos, el que queria enlazarse con nuestra familia! (Con vehemencia.) Alberto Castagnari... solo tengo que decirte una palabra.— Cuando me marché de este pueblo era rival tuyo!... ahora soy tu enemigo mortal! (Vase precipitadamente cerrando la puerta de golpe.)

ESCENA V.

ALBERTO, petrificado.

Qué quiere darme á entender con esas amenazas!... Cuando me marché era rival tuyo, y ahora soy tu enemigo mortal... Mi rival! Corrió la voz en efecto de que unos amores desgraciados!... pero nadie conoció al objeto de esos amores.—Ah! temo haberle yo adivinado ahora!—Estaría enamorado de Petra en aquel tiempo... y habrá descubierto quizá?... Y ese cadáver!... ese cadáver que ha desaparecido?... no, no; el miedo me abulta los peligros... debe de estar ahí... en la cisterna... yo mismo la mandé tapiar al día siguiente delante de mí!... Si pudiese bajar á ella sin escitar sospechas!... Sí, esta noche cuando todos duerman... Quiero bajar yo mismo... quiero convencerme por mis ojos!... Pero ese Durvillers que se ha encerrado ahí... (Se detiene.) Con quien estará?... lo adivino... con Antonia... con mi enemiga. Es preciso imponerlos silencio á toda costa. (Oyese ruido dentro.) Quién viene hácia aquí... (Viendo á Antonia que viene por el foro.) la madre de Petra!

ESCENA VI.

ALBERTO. ANTONIA.

Alberto. (Aparte y examinándola.) De dónde vendrá á estas horas?

Antonia. Bien sabia yo que habia de encontrar pruebas.

Alberto. Eh ? pruebas !

Antonia. Quién ha hablado ? Vos aquí ! vos en este cuarto !

Alberto. (*Sonriéndose.*) Sí , por cierto... soy yo , Alberto ; no me conocéis ya , madame Delporte ? (*Acercándose á ella.*)

Antonia. (*Con la mayor agitacion y retrocediendo horrorizada.*) Qué queréis ? qué buscáis aquí ?

Alberto. Señora , me he retirado un instante del baile...

Antonia. (*Casi delirante.*) Ah ! un baile... una boda !

Alberto. (*Con gran serenidad.*) Me he retirado un instante del baile... para tener una esplicacion con vos , ahora que ya ha pasado , debo deciros que no esperaba de vos tal comportamiento... habeis dado una pesadumbre á Luisa... que es la bondad misma... que os apreciaba en extremo... y todo ello por nada... porque al fin y al cabo nada se ha encontrado !

Antonia. (*Radiante de alegria.*) Ellos no han encontrado nada... pero ya sabia yo que habia de ver donde los demas no podian ver !... Sabia que si bajaba...

Alberto. Dónde ?...

Antonia. A la cisterna !

Alberto. Vos !

Antonia. Yo !

Alberto. Habeis tenido el arrojó ?

Antonia. Sola... hace poco... en medio de la noche... y he encontrado...

Alberto. Qué ?

Antonia. Mirad. (*Enseñándole una cruz.*)

Alberto. (*Arrancándosela precipitadamente.*) Una cruz !...

Antonia. Sí , miserable , la que llevaba mi hija siempre... una cruz en la que estan grabados vuestros dos nombres... atrévete á negarlo !

Alberto. (*Con frialdad despues de haberla examinado.*) Ah ! sí , es la misma en efecto !... un regalo mio que ella creia haber perdido... no sabiamos donde habia ido á parar... la dejaria caer en la cisterna. (*Pausa.*)

Antonia. (*Asombrada.*) Oh ! qué audacia !— Piensas que el procurador del rey se contentará con esa esplicacion ?... piensas que dirá tambien...

Alberto. (*Con violencia.*) Dirá !... (*Con templanza.*) Dirá que estais loca. (*Antonia se queda atónita.*) Y quizas tenga razon ! (*Con cariño afectado.*) Hablemos claros y

sin enfadarnos, madama Delporte... Vengo á vos como un amigo... pero por la última vez.—No obstante cuanto habeis hecho y cuanto acabais de decir ahora, asi mi muger como yo, que os profesamos un sincero afecto, y si me prometeis renunciar á vuestras extravagancias, (*Con intencion.*) podeis creerme, no os conducirán á nada!—Si me prometeis ser razonable y juiciosa como antes, os haremos cuanto bien podamos!... os tomaremos á nuestro cargo... y vivireis tranquila en nuestra casa!

Antonia. (*Con indignacion.*) En tu casa! Alberto Castagnari, yo en tu casa!—Si entrase en ella seria para incendiarla! Juzgas que no te entiendo? que no veo lo que se encierra en el fondo de tus palabras?... de tus fingidas muestras de cariño!... es una venta, miserable!... lo que tú me propones es una venta infame! quieres comprar con oro la conciencia de una madre!... (*Transicion.*) Qué madre va á dar por oro la sangre de su hija!...

Alberto. (*Turbado.*) Yo, os juro...

Antonia. (*Con energia.*) Vete te digo, vete! me causas horror!

Alberto. (*Furiosa y cambiando de tono despues de un momento de silencio.*) Ah! con que asi despreciais mis ofertas!... quereis seguir siendo mi enemigo!... pues bien! nos veremos... (*Dirigiéndose hacia el foro con la mayor agitacion.*) Acabais de decir que queriais incendiar mi casa!... os arrepentireis de esa palabra, señora!

Antonia. Qué osas decir?

Alberto. Digo que uno tambien se cansa de ser bueno!— Con que preferís ser enemiga nuestra?... bien está!... no faltan en el pueblo personas que lo sean vuestras... nos uniremos á ellas... pediremos justicia contra vuestros insufribles clamores... os haremos echar del pueblo... y si necesario fuese, pediremos que os encierren por loca!

Antonia. (*Aterrada.*) Hacerme encerrar por loca!

Alberto. Sí, por loca, y probaremos que lo estais!

Antonia. Anda, miserable, anda. — Crees intimidarme... pero es en vano el disimulo, estás temblando, Castagnari! y el paso que quieres dar en este momento, es la mejor prueba de ello. Ve á divulgar tus calumnias; pero yo probaré que tú solo tenias interés en hacer desaparecer á mi hija!

Alberto. (*Con una risa convulsiva.*) Loca!

Antonia. Diré en alta voz que eres tú, sí, tú, el que la ha asesinado.

Alberto. Loca!

Antonia. Diré, en fin, que ayer mientras bajaron á la cisterna te inmutaste, Castagnari... te pusiste pálido... y que hoy has venido á ofrecermé...

Alberto. (*Lanzándose á madama Delporte que retrocede aterrada hasta el sillón.*) Loca! loca! loca! (*Calmándose de pronto.*) Quedad con Dios, señora Delporte, voy ahora mismo en busca del procurador del rey, á decirle que necesitáis pronto socorro... (*Va á salir y vuelve.*) Ah! se me olvidaba devolveros esta cruz que tan importante es para vos... como es una prueba... sentiria privaros de ella. (*Antonia que se queda asombrada de la accion de Alberto, cae en el sillón y permanece en él casi desvanecida. La linterna que dejó Susana se va apagando poco á poco.*)

ESCENA VII.

ANTONIA, sola, sentada en el sillón.

Loca! loca!... va á decir que estoy loca!... (*Con acento desesperado.*) Y se lo hará creer!... (*Transición.*) Si lo estaré realmente!... si esta fiebre que me devora, si esta imágen que me persigue será un vértigo y los síntomas de la verdadera locura! Si ese asesinato, en fin, no existirá mas que en mi imagiacion, y á fuerza de llorar habré perdido!... (*Con desconsuelo.*) Oh! es imposible! (*Anonadada.*) Dios mio, no me abandonéis; conservad la razon de esta pobre anciana, de esta infeliz madre, para que pueda sostener la lucha contra ese malvado!... porque se compondrá de tal modo, que si no estoy loca, logrará que lo llegue á estar!... Quisiera rézar... y mis párpados se cierran insensiblemente... Gracias, Dios mio, me enviáis el descanso y el sueño!... gracias... voy á ver á mi hija! (*Quédase dormida poco á poco.*)

ESCENA VIII.

ANTONIA, dormida. PETRA.

(Abrese á este tiempo la puerta por donde salió Durvillers, y sale por ella Petra con precaucion: estará vestida de blanco.)

Petra. Julio ha salido!... por fin estoy sola!... «Aun no es tiempo, me ha dicho, aun no es tiempo, hasta que yo la haya preparado... una y otra estais demasiado débiles, y la alegría puede causar la muerte del mismo modo que el pesar.» Pero mi impaciencia habla mas alto que sus consejos!... Oh! quisiera verla aunque no fuese mas que un instante!... Hace tanto tiempo que estoy privada de este consuelo!—Probemos... su cuarto está hácia aquel lado... (Señalando al cuarto de la derecha.) Estará reposando, y podré contemplar sin riesgo sus facciones queridas! (Dirigese hácia el cuarto de la derecha.)

Antonia. (Soñando.) Petra!

Petra. (Deteniéndose asustada.) Quién me llama? Aqui hay gente!

Antonia. Hija!... hija mia!

Petra. Esa voz... es ella!... Sí, héla aqui... dormida!... (Contemplándola.) Oh! pobre madre! cuánto ha sufrido!... Y por mí!... por mí! (Llora.)

Antonia. (Soñando.) Petra!

Petra. (Llorando.) Hasta en sus sueños se acuerda de su hija!

Antonia. Estás ahí? es cierto que estás ahí?... Oh! cuán desgraciada me pareces... hija mia!... Ven á mis brazos... ven... (La tiende los brazos.)

Petra. (Muy conmovida.) Oh! no puedo resistir mas! (Inclinase hácia ella, la besa en la frente y quédase despues inmóvil y aterrada de lo que acaba de hacer.)

Antonia. (Abriendo los ojos y hablando como una sonámbula.) Ah! otra vez... otra vez aqui!... por qué me has engañado?...

Petra. (Aparte y muy conmovida.) Engañado!

Antonia. Sí, engañado!... He ido, como me dijiste, á la Granja vieja!

Petra. (*Aparte.*) A la Granja vieja!

Antonia. He hecho que registren la cisterna!

Petra. (*Aparte.*) La cisterna!... pero por dónde sabía?...

Antonia. He tenido hasta el valor de bajar yo misma... (*Con tristeza.*) pero en vano te he buscado! De qué proviene que no estabas?... me lo habias dicho.

Petra. (*Aparte y dando rienda suelta á sus lágrimas.*)

Oh! Dios mio... habeis hecho un milagro por una pobre madre... la habeis revelado la terrible verdad!

Antonia. (*Con voz baja y misteriosa.*) Respóndeme... en qué consiste que no he hallado mas que tu cruz.... tu cruz?

Petra. (*Trémula y con voz apagada y cariñosa.*) Decid, madre mia... y si á pocos instantes de haber huido el asesino, un hombre, un ángel hubiese sido atraído... por... el último gemido de la víctima! (*Petra se detiene y hace una ligera pausa.*)

Antonia. (*Como asallada por una nueva idea y escuchando.*) Sigue... sigue.

Petra. Si hubiese tenido el generoso arrojo de bajar á aquella fosa... y se hubiese hallado allí, privado de todo auxilio... en un parage desierto... en presencia de tu hija agonizante?...

Antonia. Acaba.

Petra. (*Animándose.*) Si queriendo ante todo apartar de la vista de una madre un espectáculo que hubiera causado su muerte, hubiese sacado de allí aquel cuerpo mutilado y sangriento... para ver si podia reanimar en él un resto de vida!...

Antonia. (*Con una agitacion extraordinaria.*) Qué dices?... qué dices?

Petra. (*Dando un paso hácia ella.*) Si, á fuerza de esmero, de oraciones y de vigiliias, hubiese logrado arrancar á tu hija al cabo de algunos meses de los brazos de la muerte!...

Antonia. Luego vives!

Petra. (*En el colmo de la emocion.*) Por último, si luego que la vió con bastante fuerza para soportar las sensaciones que la esperaban á su vuelta, para abrazar á su madre y confundir al asesino, la hubiese traído á su suelo natal... á esta casa... á esta habitacion que fue la suya!...

Antonia. A esta habitación!... (Lanzándose á ella, y pasando sus manos por los brazos, las manos y la cara de su hija.) Dios mio!... pero... esta vez... no es como las demas noches!... esta vez no es una sombra que se desvanece!... la veo... la toco... y esta lágrima!... esta lágrima que ha caido en mi mano y me la abrasa... Oh! habla... habla por Dios!... eres tú, Petra, eres tú?..

Petra. (Arrojándose perdida en sus brazos y dando un grito.) Madre mia!

Antonia. (Dando un grito.) Ah! hija del corazon!... hija mia... que un ángel me ha conservado... que Dios me vuelve!... Oh! no, no sueño!... eres tú, no es verdad que eres tú?

Petra. Sí, madre mia... yo soy, tu hija, tu Petra querida, á quien Dios ha salvado por milagro!

Antonia. Aguarda... aguarda un poco; déjame llorar... la alegría me mata y las lágrimas me sofocan! (Con exaltación.) Y decia que estaba loca el infame!...

ESCENA IX.

DICHAS. DURVILIERS.

(*Duroviliers sale precipitadamente como un hombre perseguido, y sostiene la puerta.*)

Durviliers. Ah! señora, huid!...

Petra. (Corriendo á él.) Mirad, madre mia, mirad al que me ha salvado!

Antonia. (Cayendo de rodillas.) Ah! señor, bendito seais mil veces!

Duroviliers. (Bajando.) Si, os salvaré; pero aun no doy mi deber por cumplido... (Oyense voces á lo lejos.) Ois esas voces, esos gritos furiosos?... Es Alberto que viene á acusaros.

Antonia. A acusarme?

Duroviliers. Miserable! Salí para precaverme de él; pero ya habia escitado contra vos á todo el pueblo que ha asistido á su boda, diciendo al mismo procurador del rey en persona que estábais loca... y loca furiosa... que habíais ido esta noche á la granja, y que habíais amenazado incendiarla...

Antonia. Oh! (*Los gritos se oyen mas cerca.*) Pues bien; que venga! que venga!...

Durviliers. No; creedme... ocultaos por un momento... vos no sabeis lo que es el populacho exaltado por la embriaguez, y alucinado por las palabras de un miserable... Retiraos con vuestra hija, y dejadme arrostrar su primer ímpetu á mi solo.

Voces confusas dentro. La loca!... la loca!

Petra. (*Estremeciéndose.*) Oh! madre mia!... he oido su voz... no me abandonéis!

Durviliers. En nombre del cielo, retiraos, señora, salvad á vuestro hija! (*Empuja á las dos hácia el cuarto de donde salió Petra. Colócase él delante de la puerta.*)

ESCENA X.

DURVILIERS. ALDEANOS. SUSANA. Poco despues ALBERTO
y DELALONDE.

Todos. La loca! la loca!... á la carcel la loca!

Durviliers. (*Con fuerza.*) Insensatos! qué es lo que queréis? qué venís á buscar aquí?

Alberto. (*Saliendo.*) Vais á saberlo del señor procurador del rey. (*Sale Delalonde.*)

Durviliers. (*Dirigiéndose á él.*) Adivino, señor procurador, el objeto que aqui os trae. Se trata de una loca furiosa!

Todos. Sí, sí, la loca... que la encierren!

Durviliers. (*Alzando la voz.*) Bien está; esa locura, yo, tan solo yo, tengo derecho á comprobarla en calidad de médico. (*Silencio general.*)

Delalonde. Quién sois, caballero?

Alberto. El señor se llama Julio Durviliers: se ausentó de este pueblo siendo rival mio, y vuelve siendo mi enemigo mortal. Esto es lo que me ha dicho él mismo, aqui, hace un instante... Ahora puede hablar lo que guste.

Delalonde. (*Con dignidad.*) Caballero, no me detendré á indagar qué interés os mueve á tomar la defensa de Antonia Delporte... pero lo que sé es, que ayer á instancias mias, se tuvo con ella una condescendencia á la que ha correspondido muy mal. Acaban de decirme, que despues de las pesquisas hechas en mi presencia, y que no

produjeron el menor resultado... se ha introducido nuevamente y á favor de la noche en casa de la señora Leblanc. Tal accion, caballero, es una violacion de domicilio, ó mas probablemente aun, una consecuencia del trastorno de su cerebro.

Alberto. Sin la menor duda; y yo sostengo que está loca!

Todos. Es verdad, es verdad.

ESCENA XI.

DICHOS. ANTONIA.

Todos. Ah! miradla, miradla. (*Durviliers da muestras de temer por ella.*)

Antonia. Alberto, me prometiste que me harias pasar por loca, y me has cumplido la palabra; pero yo te prometí, en justo pago, arrancarte la máscara que te cubre á la faz de todos, y te lo cumpliré tambien.

Todos. Fuera, fuera!

Alberto. No... dejadla hablar; va á probar lo que yo he dicho... y una vez que el señor es médico, podrá certificarlo.

Antonia. Alberto, hice registrar la cisterna que tú habias mandado cegar, y me dijiste que estaba loca: hiciste bien! Bajé yo misma á ella, para hallar esta cruz, y me dijiste que estaba loca: hiciste perfectamente!

Todos. Una cruz!

Antonia. (*Con fuerza.*) Sí, la de mi hija. (*A Alberto.*) Hiciste perfectamente, porque eso no prueba nada, no es verdad, Alberto? Pero y si ahora te digo que en vez de acompañar á mi hija hasta el camino real para aguardar á la diligencia, la llevaste á las ruinas de la Granja-vieja, y allí la heriste alevosamente tres veces con ese puñal... (*Arrojando un puñal á sus pies.*) me llamarás loca tambien?

Todos. Ah!

Alberto. Ese puñal... (*Con mucha agitacion y queriendo estorbar que hable.*)

Antonia. Si digo ademas que despues de consumado el crimen arrojaste á mi hija en aquella fosa, y huiste despaavorido sin ver ni oír... sin ver que pasaba un hombre

por el camino... sin oír que la víctima respiraba aun!...
Dí, me llamarás loca todavía?

Alberto. Basta... basta!—Pero no estáis viendo que ha perdido el juicio enteramente?

Antonia. (Con viveza.) Ah! parece que ya no pides que me dejen hablar! Que he perdido el juicio dices?... pues para hacermele recobrar tienes tú un medio muy sencillo... un medio que ya mas de una vez te ha salido bien.—Alberto, por qué no te ofreces á leerme las cartas de mi hija!... (Sacándolas del pecho.) Estas cartas que con tanto cuidado llevaba sobre el corazón, y que me quedan ahora... Estas cartas sobre las cuales tanto me has hecho llorar, como si fuesen el postrer adiós de mi hija! (Presentándoselas.) Osarás tocarlas todavía, osarás leerlas aquí, delante de todos, en presencia de la justicia, miserable falsario! (Se las entrega á Delalonde.)

Alberto. No, no... os engaña... (Turbado.) esas cartas estan escritas por mano de Petra...

Petra. (Saliendo de pronto y colocándose frente por frente de Alberto.) Mentís, Alberto. (Aniquilada por el esfuerzo que acaba de hacer, se deja caer en los brazos de su madre.)

Todos. (Aterrados.) Petra!

ESCENA XII.

DICHOS. PETRA.

Alberto. (Fuera de sí.) Ella!... ella aquí!... viva!... Pero quién ha podido salvarla... quién?

Durviliers. (Presentándose.) Yo, despues de Dios... yo, que segun te he dicho, me marché siendo rival tuyo, y soy ahora tu enemigo mortal.

Alberto. (Furioso.) Julio Durviliers, me has perdido... pero yo me vengaré! (Coge el puñal y se abalanza sobre Durviliers: pero á este tiempo aparecen dos gendarmes, y uno de ellos se precipita sobre Alberto y le coge del brazo. Es Gerónimo.)

Gerónimo. (Con tono socarron.) Alto ahí, señor amo... que está aquí Gerónimo alma-grande, y os prende como sospechoso. (A Alberto que quiere desasirse.) Oh! os can-

sais en vano. Tengo buenos puños, y lo que es por esta no escapais... (*Mofándose.*) señor amo!

Delalonde. Alberto Castagnari, habeis burlado largo tiempo la justicia humana; pero no habeis podido burlar la justicia de Dios! (*Alberto es rodeado por los gendarmes y aldeanos. Al lado opuesto Petra en los brazos de su madre, y gozándose en el placer de volverla á ver, estiene una de sus manos en señal de gratitud hácia Julio, que imprime en ella sus labios, trasportado de alegría.*)

FIN DEL DRAMA.



